

Contemporánea

ÁLVARO BISAMA

Los muertos Relatos

DEBOLSILLO



Índice

Cubierta

Los muertos

Ciento setenta y dos mil ochocientos segundos

Patria automática

La dieta del orco

Ho Chi Minh City

Arena negra

Muchacha nazi

Pozo

Noize

Death Metal

Créditos

Álvaro Bisama (1975) es escritor y doctor en Literatura. Ha publicado las novelas *Caja negra*, *Música marciana*, *Estrellas muertas*, *Ruido*, *Taxidermia*, *El brujo* y *Laguna*; los volúmenes de ensayo *Cien libros chilenos*, *Televisión* y *Deslizamientos*; y los libros de cuentos *Death Metal*, *Los Muertos*; y *Cuando éramos hombres lobo*. Ha ganado el Premio Municipal de Literatura y el Premio Academia (otorgado por la Academia Chilena de la Lengua) por *Estrellas muertas* y el Premio a Mejor Obra Literaria en Género Novela por *Ruido*. Actualmente escribe en el diario *La Tercera* y es director de la Escuela de Literatura Creativa de la Universidad Diego Portales.

Para Carla Mc-Kay

Mami,

No manches por favor Mi cepillo de dientes Con sangre

GONZALO MILLÁN

Los muertos

Esto es una historia que completé accidentalmente y funciona como una fábula. Voy a tratar de escribirla de un viaje, sin parar. He completado los pedazos al azar, sin buscarlo. Escribirla me parece que es su conclusión natural, una especie de fuerza de gravedad.

Escribo a una semana de que se cumplan cuarenta años del golpe de estado.

No tengo claro todos los puntos.

No voy a ocupar nombres.

Todo lo que digo acá, desde una perspectiva torcida, es verdad o fue verdad o será verdad.

contarla, para cerrarla.

La historia va así: el año 2003 yo era profesor de una universidad de provincia. Había estudiado en esa universidad y había decidido quedarme trabajando ahí. Trabajaba con mi padre, al que habían echado en 1973 y vuelto a contratar en 1997. En esa universidad compartíamos oficina con varios profesores. Las más simpáticas, las que eran nuestras amigas, eran dos profesoras que también

después. Tenían una memoria buenísima y un sentido del humor envidiable a pesar de que lo que había pasado con tura,

penurias de todo tipo. Una de ellas había estado en Alemania y la otra se había quedado en Chile.

La más joven, que era viuda, en un momento conoció

Yo no supe detalles de su relación, ni cuándo se encontraron ni cómo fue el

idilio. El hecho es que un día estaban viviendo juntos. El periodista era un señor calvo y alto que escribía notas de divulgación científica para algunos diarios de Santiago. Mi padre lo conocía desde tiempos inmemoriales. No. Más bien se acordaba de su nombre, porque había sido una especie de redactor estrella de la izquierda chilena y había sido uno de los primeros en escribir un libro sobre el golpe de estado, antes de que terminara 1973. Sus otros libros, dijo mi padre, se usaban para enseñar periodismo en la universidad pero de eso había pasado ya mucho tiempo.

A veces yo me topaba en algún diario con notas suyas: artículos sobre dinosaurios, sobre hombres mono enterrados bajo el hielo ártico. Todas esas notas, hay que decirlo, estaban muy bien redactadas en el sentido superficial que el periodismo le da a la buena escritura: precisión, economía en la administración de adjetivos, uso de citas y fuentes. Por supuesto, a esas alturas lo conocía, pues el viejo periodista iba a las comidas que hacíamos. Por supuesto, yo también me acostumbré a él y a sus relatos. Había viajado a la Unión Soviética en los cincuenta, se había topado con García Márquez y el Che Guevara y recordaba el funcionamiento de la picaresca de la prensa chilena en la Unidad Popular.

Era interesante escucharlo: no hacía alarde de nada, tenía una especie de humildad que sólo me he topado en viejos escritores y en relación al peso de sus propias palabras y de su propia memoria; como si hubiera ahí una decisión de desaparecer en la escritura, de carecer de estilo, de volverse un fantasma de la información. Yo me daba cuenta de eso cuando lo leía en el diario pero también cuando lo escuchaba. Había estado en demasiados lugares a la vez y quizás eso lo había dejado vacío y algo silencioso. Se concentraba en las historias mínimas sobre esqueletos de ballenas y esquimales atrapados en la nieve. No está demás decir que nunca le pregunté eso, no se me ocurrió en los cinco o seis años en que me tocó verlo.

En ese tiempo una editorial pequeña reimprimió su libro sobre el golpe de

estado y me pasó una copia. Me llamó la atención: era una crónica del ataque a La Moneda y de los primeros meses de la dictadura que había publicado en Argentina. La había redactado en alguna casa de Buenos Aires. Apilaba datos, colocaba estadísticas, anotaba nombres. El relato era demoledor pero también la prosa: incendiada pero triste, aforística pero frágil.

Se notaba que estaba hecho contra el tiempo, que mientras escribía las bombas seguían sonando en su cabeza.

Le comenté el libro y le dije que me parecía importante, que era un documento de época. No sé si lo leyó como un halago. Ahora me doy cuenta de que él pensaba que ese volumen seguía funcionando en tiempo presente, que nunca se había cerrado. César Aira, en un ensayo perdido, habla de eso: de que la novelas no se cierran nunca, de

siempre. Su libro del golpe era eso, una novela que no lo había abandonado y que seguía escribiendo aunque yo no

creía que los límites de la novela eran otros.

Nuestra relación duró hasta que me fui de la universidad, agotado y rendido y con mi mujer nos mudamos a Santiago. Antes de irnos, a veces nos topábamos en Viña. Ya no lo leía tanto. Una mañana lo encontramos en un café de la calle Valparaíso y nos contó que el día anterior había muerto su hermano, al que no veía hace muchos años. El hermano estaba en el sur y él no iba a viajar al funeral. Nuestra conversación fue de silencios. Recuerdo que lo vi frágil y encorvado, como si por primera vez fuese consciente de su edad. Esa vez le pregunté por qué no escribía sus memorias, por qué no se sentaba y las redactaba de una vez, que me parecían necesarias, que eran relatos que no debían perderse.

o no valiera la pena.

De ahí no lo vimos en un par de años. Nos mudamos. Mis padres me contaron que su pareja, la profesora, enfermó y que terminaron. Él no se portó como correspondía con ella. Él no estuvo a la altura, me dijeron y no me dieron más detalles. Yo lo vi un par de veces más, en la Estación Mapocho, en una feria del libro. Una editorial le había lanzado una recopilación de sus crónicas científicas. Él iba a firmar todos los días, me imagino que para escapar de las horas muertas de la tarde y hablar con la gente.

En la portada de su libro había un platillo volador atacando a La Moneda. No era un mal libro, pero no tenía zadas,

como si nada las enlazara, salvo esa prosa quirúrgica que apenas se concedía un chiste a veces. No hablamos mucho y cuando lo hicimos él me preguntó varias veces por un periodista chileno que había recibido el Premio Nacional de Literatura, como si yo fuera fanático o lector suyo. Las preguntas eran majaderas. Quizás imaginaba un lazo

te; lo encontraba el autor de unas prosas menores, de un costumbrismo que con suerte tenía algo de picaresca. Pero eso no lo sabía él y cada vez que me veía —ese año tuve que ir muchas veces a esa feria, no sé por qué razones— me preguntaba por él hasta que le terminé diciendo que no importaba y que si fuera por mí, el Premio Nacional de Literatura tendría que desaparecer porque era una vergüenza. No creo que le haya gustado lo que le decía. Después conversamos un par de veces a la rápida y ya no lo vi más. La feria terminó y él volvió a Viña o donde fuese que estuviera viviendo. Dos años después me enteré de que se había muerto: falleció de un ataque al corazón. Supe la noticia tarde; no pude ir al funeral ni alcancé a escribir nada. Llamé a un par de conocidos y les pregunté si sabían

de su muerte. Me dijeron que sí. Ellos no sabían que era amigo suyo, por eso no habían avisado. La noticia salió en un par de medios alternativos. En ellos también contaban que su último golpe lo había pegado al afirmar que Salvador Allende no se había suicidado sino que había muerto de un tiro de gracia que le había dado un GAP. Me di cuenta de que no me había enterado de la polémica y que su teoría

En algunos foros de internet habían colgado el reportaje que basaba sus hipótesis en un puzzle de balística. Él escribía con convicción, de modo pedagógico, sin apurarse, dejando que los hechos decantasen. Me pareció el argumento de una novela forense, de un policial perfecto pero no avancé más.

No sé qué más pensé. Pasó el tiempo, un par de años, creo. El libro con el platillo volador aparecía en los meso

donde los libros viven una segunda vida.

Un día, en la universidad donde trabajo, le hicieron un humor gráfico e historietas y había publicado a algunos autores que me interesaban. A alguien se le ocurrió que podía entrevistarlo. Acepté de inmediato. Recuerdo que pasamos un par de días juntos y después de eso conversamos en la cafetería de su hotel que quedaba en la Alameda. Era un salón oscuro y lleno de ruido. La entrevista fue rápida. Hablamos de edición, de cómics y de política. El editor me habló de la primera vez que estuvo en Chile, cuando conoció a Violeta Parra y de cómo habían cambiado los países y las ciudades. En un momento enumeró libros de chilenos que había publicado. Mencionó varios nombres, entre ellos estaba el del viejo periodista. Le pregunté si lo había conocido. Me dijo que sí. No ahondamos más, terminamos la entrevista y yo guardé la grabadora.

En ese minuto el editor me pidió detalles de la muerte del viejo periodista.

Le dije lo que sabía, que en realidad no era mucho. Le hablé del libro del ovni. Me miró con atención y tomó nota.

Cerró algo.

Quise creer que cerraba algo, una puerta, una ventana, un cuaderno, un cofre.

Le pregunté de dónde lo conocía. Me dijo que habían publicado uno de sus manuales a mitad de los setenta en de

Caracas, habían trabajado juntos haciendo libros para un diario, libros dominicales, una especie de biblioteca popular.

Fue entonces cuando él se rompió, me dijo y me contó que el viejo periodista se había casado con una mujer ecuatoriana. Habían tenido hijos, habían compartido un departamento, tenían una vida en común, un futuro posible. Entonces se separaron.

El editor me dijo que el periodista se quedó viviendo con su mujer en el departamento. Un lugar estrechísimo, donde habían dividido los espacios como si fuera un continente después de una guerra.

El editor no me dijo dónde transcurría todo, si en Caracas, Buenos Aires o Quito. Sí me dijo que la mujer empezó a llevar a sus amantes, a sus novios, al departamento y él seguía ahí y miraba y escuchaba todo lo que pasaba. Miraba a su mujer acostarse con otros, los sentía a través de las paredes, como si él fuera un fantasma, como si no

El editor me dijo que él se hundió, pero que estuvo en el departamento por un buen tiempo y que luego se perdió en la noche. Empezó a beber y a jugar. Se perdía en antros de apuestas clandestinos, pedía dinero que nunca devolvía, se fondeaba por temporadas. Aparecía en la editorial y pedía plata prestada a cuenta de un contrato que iba a firmar por un libro. Pero el libro no se publicaba jamás. Nadie

era verdad. Desaparecía por meses. Iba y venía, sableando a los amigos, haciendo trabajos ocasionales, viviendo a costa de un futuro falso que nunca llegaría. El editor me dijo que después de años, abandonó Buenos Aires y se instaló en Santiago. Los amigos chilenos le contaron que hizo lo mismo acá. Los noventa, al parecer, fue una década perdida que él solucionó yéndose a Valparaíso.

Ahí lo conociste tú, dijo el editor y nos quedamos en silencio.

Luego volvió a su habitación. Nos despedimos de un abrazo y yo salí del hotel.

Un rato después llamé a la editorial que había publicado el libro del ovni y hablé con la editora. Le pedí una copia para mandársela al editor argentino.

La copia llegó a mi oficina en la universidad una semana después.

Miré el libro de nuevo.

Todo lo que recordaba estaba ahí, incluida la ausencia

como si incluso en su propio libro el viejo periodista fuera un fantasma, como si quisiese desaparecer, no ser nada, tectura hecha de datos.

Dejé el libro sin tocarlo hasta esta mañana, lo metí en un sobre y se lo envié al editor argentino. Cuando volví del correo, pasé por la cafetería de la biblioteca a comprar un té. Allí hay un patio interior gigantesco que usan para

libros quemados por la dictadura.

En el suelo había fragmentos de algunos de esos libros.

Había uno del viejo periodista.

Hablaba de la lucha de clases y de cómo las nociones de parcialidad y objetividad desaparecían: decía que los periodistas en realidad eran

dirigentes políticos. Me quedé de pie, con el té caliente en la mano, leyendo el suelo.

Me pareció estar viendo la marca que deja un cuerpo que se estrella con la tierra desde el cielo.

El suelo de la biblioteca era tierra quemada, las palabras eran tierra quemada, el nombre del viejo periodista era tierra quemada, yo mismo estaba parado sobre tierra quemada.

Lo que había quemado esa tierra era el tiempo.

El tiempo volvía y se devoraba a sí mismo.

Me di cuenta de que quizás el viejo periodista lo había entendido así, que seguía escuchando en su cabeza las noticias del golpe mientras su mujer lo engañaba, que sabía que importaba poco escribir sus memorias porque la vanidad ya no importaba, porque no podía volver sobre

a Allende o lo que él mismo había hecho con su vida; esa vida que había terminado siendo un relato que habíamos terminado por completar con el editor argentino por casualidad, hablando en esa cafetería oscura.

Esa bala seguía en el aire.

Aún estaba perdida.

No tenía una trayectoria física, viajaba a través de los años.

Nos volaba la tapa de los sesos a todos.

Esta mañana me quedé de pie ante sus palabras como si se tratara de una pira funeraria. Me despedí de él y volví a la oficina. Esta tarde hice clases y luego me vine a la casa y escribí esto de un viaje. No sé si le hace justicia. No me importa.

(No creo que tenga ninguna relevancia pero la clase fue sobre *Los muertos* de Joyce).

Me di cuenta de que lo único que tenía era el boceto de una sombra, el

esqueleto de una novela que no crecerá jamás, un cuerpo hecho de humo y ectoplasma.

Esto.

**Ciento setenta y dos mil
ochocientos segundos**

¿Ves a la mina de allá?

Se está muriendo, huevón.

Se muere hoy o mañana y está sentada en la barra esperando la muerte. Eso. Está esperando la muerte. No duerme hace varios días, más de una semana. Su sistema falló. Colapsó. Se fue a la cresta. Eso le está pasando. La vida ahora es una pesadilla para ella. Se ha transformado en una leyenda urbana. En la leyenda urbana del puerto de esta semana. La leyenda de la mina que se va a morir y se emborracha y pide más vodka puro. Vodka nacional con limón y hielo. Eso pide la mina. Para ella, todo ha terminado. Para ella no queda esperar más que el cableado se le corte, que la electricidad de su cerebro se funda y todo se vaya a negro. Eso pasa con esa mina. Yo ayer hablé con ella. Me acerqué a la barra y nos tomamos un trago. Ella invitó. Ella paga. Siempre. Me contó lo que le pasaba.

Me dijo: me muero y todo se termina. Es el fin del mundo. El fin del mundo es simplemente que yo cierre los ojos. No hay nada más allá. No sabes cómo me siento, me dijo. No sabes cómo me siento porque en realidad me siento como una canción que ha sido tocada mil veces y que ahora sólo aspira a convertirse en silencio. Pero me voy tranquila, me dijo. Me voy tranquila porque encontré a mi padre, me dijo la chica que se está muriendo de insomnio, la mina que no puede bajar los párpados. Él va a ir a mi funeral. Eso hice. Encontré a mi padre. Luego ella me cuenta sus últimos días. Me dice que su padre se fue de casa cuando tenía seis o siete años y que no lo vio más. Su padre le pegaba a su madre. Su madre luego se casó con un tipo que no le pegaba. Así es la historia. Así es el amor, dijo la chica. Así creció. No lo vio nunca más. Habló con él por teléfono a veces, para sus cumpleaños. Después él dejó de llamar. Y ella se volvió adolescente, salió del colegio, consiguió un

título. Y después enfermó. Entremedio, tuvo un aborto, una promesa de matrimonio, el suicidio de su mejor amiga. Su madre murió cuando ella tenía 20. Su padrastro se fue de la ciudad. Huyó con sus hermanos. De esta ciudad todos huyen. La gente sensata sale corriendo. Si me hubiera ido de aquí, a lo mejor podría haber vivido más. Ella se quedó en la casa vacía, me contó. Y ahora, casi diez años después, se enfermó. Dejó de dormir. Me dijo el nombre de la enfermedad, pero no lo retuve. No importa.

Ella se muere. Es todo lo que importa. Se muere y no hay nadie para contemplar su caída. Nadie para recordar,

dice, huevón, y yo no sé qué decir, cómo consolarla y ella me cuenta que fue al médico y él le dijo que mejor se internara, que la isapre lo tenía todo cubierto y que ahí podía pasar sus últimos días. No tenemos la cura, le dijeron. No podemos hacer nada, le dijeron. Sólo podemos esperar un milagro. Pero no hay milagros, dijo ella. No va a haber milagros, me dice. Me di cuenta de eso de inmediato. Esa clase de certeza, dice. Salí de la clínica y volví a mi casa y me quedé en la oscuridad. Me dieron una semana, a lo sumo ocho días, me dijo. Demasiado tiempo. Ocho días. Ciento noventa y dos horas. Once mil quinientos veinte minutos. Seiscientos noventa y un mil doscientos segundos. Una cuenta regresiva. Eso me dieron. Todo ese tiempo despierta. Iba a estar con los ojos abiertos todo ese tiempo. No iba a dormir. Iba a esperar lo que viniera. Llamé al doctor y le pedí drogas. Me las recetó. Me llenó de calmantes, pastillas para manejar la presión, anestesia para el dolor de cabeza. Así que salí a buscar a mi padre. Decidí encontrarlo. Eso fue todo. Matar mis últimos días buscándolo. Eso hice. Salí a buscarlo. Y lo encontré. A veces uno encuentra lo que busca. No fue tan sencillo. Tardé cinco días. Me caminé la ciudad completa. Llamé a unas tías y ellas me dieron el número de un primo lejano que había sido cercano a mi padre.

Fui a ver al primo. Era un evangélico que antes había sido alcohólico y

adicto al pegamento. No me acordaba de él. Cuando yo era chica, él había estado en la cárcel por robo. Mi padre lo iba a ver allá. En la cárcel de Valparaíso él se cambió de religión. Se convirtió o lo convirtieron en medio de esas galerías destruidas del cerro Cárcel. Se volvió fanático. Cuando salió, se peleó con mi padre. Lo apuntó con el dedo desde su púlpito andante. Por culpa de Dios o culpa del diablo, depende del punto de vista. Él ya nos había dejado. El primo lejano se fue a vivir a una iglesia arriba de un cerro, al lado de un campamento que luego se convirtió en una población. Se volvió la mano derecha de un pastor. El perro faldero de un pastor. En eso se convirtió su vida. Mi padre desapareció de escena. El primo lejano me habló de Dios, por supuesto. Le dije que Dios ya no estaba en mí. Dios ya no estaba en todas las cosas. El perro faldero, ese primo, me ofreció té y luego

La mujer tenía un negocio en un cerro. Subí a verla esa noche. La casa quedaba muy arriba. Intenté no mirar la bahía. A veces pensaba que las luces estaban vivas y eran fantasmas. La ciudad era un hormiguero de insectos fantasmas. A esa altura, ya habían empezado las alucinaciones.

la ciudad comenzó a parecerme un ente vivo, un cuerpo gigantesco por el que alguna vez había corrido sangre pero que ahora estaba seco, puro pellejo. La mujer que me abrió la puerta era una señora flaquísima que también estaba enferma. No me dijo de qué. No tenía cejas, eso sí. Me ofreció una copa de vino. Habló mal de mi padre. Dijo que por él se había peleado con su hijo. Su hijo, contó, era artista. Me mostró un cuadro: una imagen gigante pintada donde salía un rastafari de pelo verde tirado de espalda en una cama. El rastafari estaba muerto. Tenía vómito en la boca. En el suelo había jeringas, papel confort manchado con sangre, colillas, botellas de cerveza. Sus ojos estaban abiertos. Todo estaba pésimamente pintado, como el dibujo de un niño o de un adolescente. Yo miré el cuadro y me asusté. Me pareció inquietante

que mi padre nos hubiera dejado por aquella mujer, por aquella familia donde había alguien capaz de pintar esas cosas, de pensar esas cosas. Luego ella me habló de mi padre. Me dijo que era alcohólico, que la engañaba, que un par de veces estuvo a punto de golpearla con el puño. Me contó que la abandonó por otra mujer hace dos años. Me quedé sin tu

de mi padre. Yo estuve a punto de decirle que eso me daba lo mismo, que yo me iba a morir pero me quedé callada. Ella me contó que la había dejado por una cajera de supermercado. No sabía de qué cadena.

La mujer se llamaba Estela.

Di vueltas por todos los supermercados del puerto buscándola. Uno por uno, turno tras turno. Ya me había comenzado a doler la cabeza. Migrañas que se transformaban en visiones, en destellos, en sombras blancas y retazos de oraciones escritas en el aire que no alcanzaba a descifrar, como si alguien me estuviera enviando un mensaje. A veces las alucinaciones se confundían con el fulgor de los tubos fluorescentes. A veces simplemente desaparecían. Había dejado de tener hambre. Sudaba frío o sentía sed. Los ojos ya los tenía rojos, como ahora. Como un conejo angora. O un gato albino. Así se me estaban poniendo los ojos, mi mirada se estaba inyectando de sangre. Ya parecía una zombi. Una muerta viva. Yo era una muerta viva, eso pensaba mientras daba vueltas por los supermercados, preguntando si conocían a la tal Estela, si es que ella trabajaba ahí. Miraba a la gente, a las mujeres solas separando las verduras en los estantes, a las familias llenando los carros, a los adolescentes comprando cerveza. Sentía que las canciones que salían por los altavoces seguían sonando local tras local, que los guardias eran parte todos de una misma familia, que si caminabas por un pasillo podías salir en otro supermercado de la ciudad. Que todo era un laberinto de luz artificial donde yo me había perdido.

Duró tres días. En las noches me venía al bar y cuando el bar cerraba me

volvía a la casa y veía videoclips. Era lo único que podía seguir. Videoclips de tres minutos para pendejos. Mierda *emo*. Por supuesto, al día siguiente, encontré a Estela. El puerto no es tan grande. Ningún lugar lo es. En el fondo es una provincia, un pueblito del oeste. O el decorado de un pueblito del oeste. Me la mostró un guardia. El local era un viejo minimarket al borde del barrio puerto. Alguna vez mi madre compró carne ahí. Había un tipo disfrazado de pollo con un altavoz. La caja de Estela era la única abierta. Me di cuenta de que nunca la había visto antes. Ella era una mujer joven y rubia que en algo se parecía a mi madre. Tenía una medalla de la Virgen sobre su uniforme de trabajo. Me reconoció de inmediato. Me preguntó si estaba enferma. Te pareces a la foto que lleva él en su billetera. Yo no dije nada. Luego le pregunté por mi padre. Estoy buscándolo, dije. ¿Sabes dónde está?, pregunté. Necesito verlo. Ella se quedó muda. ¿Sabes?, él también quería verte. Siempre habla de llamarte por teléfono pero dice que el número posiblemente esté cambiado. Te tiene presente. El número no ha cambiado, dije. No te estoy embolinando la perdiz, dijo ella. Quiero que lo tengas claro, dijo. Yo la miré. Me asustó que ella supiera algo de mí, que me conociera. Me asustó lo que puede saber otra gente de mí, lo que puede recordar, los pedazos de mí que voy dejando en la calle. Me sentí invadida, violada. Me dio pena, vergüenza, miedo.

Luego ella dijo: él está acá.

Él está acá, repitió.

¿Quieres verlo?

Asentí. Ella llamó a un compañero de trabajo y se levantó del asiento. No había gente en el supermercado. Estela me tomó de la mano y me llevó a la puerta del local. Ahí estaba el pollo gigante. Estela le tomó la mano. El pollo dejó de hablar por el altavoz y se dio vuelta y nos miró. Me miró. Bajo las plumas y la esponja de la cabeza había un par de agujeros por donde se veían los ojos del tipo que estaba dentro del disfraz. Los reconocí de inmediato. Mi

padre era el pollo gigante. En ese momento él se sacó la cabeza y se quedó solo con el cuerpo del pollo. La cabeza de mi padre y el cuerpo del pollo gigante. Nadie entró al supermercado. Me abrazó. Lo abracé. Estela volvió a la caja. Me invitó a un café en una fuente de soda que quedaba al lado de aquella cuadra que había volado con

conté todo. Le dije que me moría. Que eso era todo. Que me moría y que quería verlo. Que iba a estar despierta hasta que mi conciencia se borrara, colapsara. Me preguntó si estaba drogada. Le dije que sí, pero no del modo como él creía. Le pregunté dónde había estado. Me dijo que nunca se había ido del puerto. Me relató una serie de negocios desastrosos. Me habló de sus mujeres. De que estaba a la deriva, esperando un negocio que le resolviera la vida. Me dijo que el trabajo como pollo gigante se lo había conseguido Estela. Que no le gustaba pero que era mejor que nada.

Me preguntó cómo me sentía. Le dije que como la mierda. Que morirse así no se lo deseaba a nadie. Que mi capacidad de atención estaba destruida. Que me había convertido en una ciudad abandonada. Que las pastillas evitaban que me cayera al suelo, muerta. El insomnio tiene

dije. Las palabras se transforman en dagas, en clavos. Las oraciones, en cámaras de tortura que funcionan como máquinas al interior del paladar. Tu cuerpo deja de ser tu cuerpo. Se vuelve algo ajeno. Captas cada sonido, cada hueso girando, cada músculo doblándose. Te escuchas a ti misma como una colección de ruidos que vas dejando como ropa tirada en el suelo y que no puedes descifrar. Ruidos ajenos.

se disuelven, se hacen líquidos. A pesar de estar despierta, vives la pesadilla. Tú eres la pesadilla. Cambias los colores. El aire se respira más espeso, más turbio. Así me sentía. Así me siento, le dije a mi padre mientras veía como las

pelusas amarillas se desprendían de su disfraz de pollo y se elevaban con la brisa helada de la mañana en el puerto. No sé cuánto rato estuvimos ahí con mi padre, con el pollo.

El cielo se nubló. Amenaza de tormenta.

Después me fui. Nos abrazamos antes de eso. Un abrazo cálido. El disfraz de pollo era cálido. Su tibieza plástica me bastó. Era suficiente. Era lo que quería. Desaparecí. Di vueltas por la ciudad. Me metí a un cine donde pasaban una cinta de acción pero no entendí nada. Las escenas eran in

el principio y el principio era el final; los muertos volvían a la vida. Vagué por una multitienda mirando ropa.

Cuando anocheció me vine para acá. Descubrí tarde que me gusta el vodka. La combinación de vodka y pastillas es agradable, amable. Simpática. Estira el tiempo, me dijo ella, huevón. Hace todo más lento, dijo. Como una canción que nunca termina. Como esa canción que se repite una y otra vez en todos los supermercados de la ciudad, dijo ella y me preguntó que qué pensaba de la muerte. Le dije que no pensaba nada. Ella me miró con los ojos rojos y me pidió que me fuera. Antes de eso, antes de mi respuesta sobre la barra, hubo un par de segundos de silencio. Ella dijo: ciento setenta y dos mil ochocientos segundos. Eso me queda. Eso. Aprendí a sacar el cálculo automáticamente, dijo. Deseé acostarme con ella, huevón. Acostarme con esta mina que se moría. Me hubiera gustado que me lo hubiera pedido. Me hubiera sentido honrado. Pero en vez de eso me pidió que me fuera. Que la dejara a solas con los segundos que le quedaban. Era lo único que tenía. La arena negra de los segundos. Me despedí de ella en voz baja, huevón. Me fui para la casa. Ahora está acá, huevón y todos saben más o menos lo que le pasa. Es la leyenda urbana de esta semana en el puerto. Yo me vuelvo al pueblo cuando salga el sol. Voy a pensar en ella todo el tiempo que esté sentado en la micro. La mina que espera la muerte en la barra. Mañana o pasado mañana no va a estar ahí.

Por ahora tiene los ojos rojos, anaranjados, y brillan en la penumbra del local mientras pide otro vodka. El vodka es nacional. Ese dato es importante. La mina que se muere sólo toma vodka nacional, sólo bebe veneno. Lo toma con limón y hielo y las estrellas que están afuera son los ojos abiertos de no sé qué, los ojos de no sé quién, ojos que la esperan sobre el mar sucio de la bahía.

Patria automática

Me dijo: esto no es ciencia ficción. Me dijo: esto no es nada. Me dijo: un tío de mi abuelo inventó los robots. Un hermano de su padre. En el siglo XIX. Ese pariente lejano se fue a su fundo cerca de Rancagua e inventó los robots. Me dijo: no eran robots-robots. No eran como los de las películas. No como se los ve ahora. Eran autómatas. Todo eso me lo contó en un local de completos del portal Fernández Concha, a metros de la Plaza de Armas, a metros de la catedral, a segundos del Paseo Ahumada. No sé por qué lo entrevistaba, o sí sé: en esa época estaba dispuesto a perder el tiempo, a merodear entre las ramas. Estaba hecho mierda pero vestía con cierta elegancia. No me habló de su vida. Sabía que no me importaba. Él sólo era la voz de un relato que, tiempo atrás, le había sucedido a los otros. Tenía más de setenta años. Había sido notario pero el juego lo había arruinado. Se había perdido en la noche. En La Calera tenía un hijo que lo odiaba y una nieta que no conocía. Había escrito un par de libros de poesía que, salvo sus amigos, nadie había leído. Pero estaba el tío del abuelo, la historia del tío del abuelo. Chile está lleno de gente así, gente que escapa del olvido abrazando a sus antepasados como si fueran su último aliento. Chile está lleno de gente así, que se aferra a los apellidos, que vive por las historias de otros. Él era de éstos. Un profesor de la USACH me lo había recomendado como fuente. Yo escribía algo sobre inventores nacionales para una revista. No era muy importante. Ni la revista ni el artículo que estaba escribiendo. No incluí nada de esa conversación con él, ese relato del tío del abuelo, sobre ese mito medio soterrado, medio risible. Nadie había logrado probar nada pero estaba ahí, como la sombra de una sombra: la historia del soldado que se puso a crear autómatas en el valle central en 1830. Nadie había visto uno de esos autómatas. Nadie sabía de ellos más que la referencia en una tesis perdida de la Facultad de Ingeniería donde se hablaba

de ese intento, donde se decía que estaba este tipo, que una especie de teniente o capitán o un capo del bando de O'Higgins que se había ido al campo a crearlos. Eso era todo. Una leyenda urbana de una facultad universitaria. Lo único que quedaba era este tipo; este notario jubilado, este poeta secreto, este hombre amarrado a la historia de su apellido del mismo modo en que un cadáver que se hunde está amarrado a un escombros de fierro. El profesor me dijo que si lo llamaba y lo invitaba a algo el notario me iba a contar lo del tío de su abuelo. Tenía razón. Lo hizo con elegancia y con algo de urgencia. Mal que mal, era el último descendiente de la familia: un notario arruinado que bebía cerveza y comía completos delante mío en el centro de Santiago. Eso era todo. Unos cuantos completos, un local que olía a frituras, una historia que tenía que ser falsa.

* * *

Yo escuché. Yo escuché al notario que dijo: no se hablaba mucho de ese tío en la familia. Se lo recordaba apenas, se lo recordaba como un energúmeno. Yo no lo conocí. Mi abuelo sí. Él me contó todo lo que le cuento. Es la historia de mi abuelo también. Cuando me la contó yo era casi un niño y él estaba viejo y acabado. Como yo estoy ahora. Las fechas no me las sé todas. Sí sé que era cercano a O'Higgins, que peleó con él en varias batallas, que mató gente y que lo hirieron. Había estudiado en Europa. Lo mandaron para allá tal y como se mandaba a todos los cachorros de nuestra clase: para que se fueran de putas y fornicaran en otro idioma, asistieran a unas cuantas clases y aprendieran los rudimentos básicos de la conspiración. Con él les salió más o menos no más. Frecuentó algunos círculos de ilustrados pero se la pasó en clases de matemáticas. Tenía talento para eso. De no ser soldado hubiera sido ingeniero. Según mi abuelo, resolvía las cosas así: como si fueran problemas mecánicos, como partes para ensamblar, como rompecabezas. Cuando volvió a Chile lo

enrolaron casi sin preguntarle y como los Carrera siempre le parecieron un par de idiotas petulantes, hizo buenas migas con O'Higgins. Peleaba bien y tenía una puntería decente. Pero sobre todo era un buen táctico. Salvó a O'Higgins de un par de escaramuzas muy feas. Veía salidas posibles en medio del fuego. En medio del humo, la sangre y la pólvora, era capaz de abrirse paso y escapar vivo. No sé por qué no estuvo en el gobierno, por qué no le dieron un cargo. Por qué nadie le colocó su nombre a una calle. Ahora hasta un animador de la tele tiene una calle con su nombre. Pero él era leal, se quedó cerca de O'Higgins; le hizo los recados al Libertador. Posiblemente conspiró y encarceló tipos, posiblemente torturó y fusiló a algunos. No está claro eso. No hay registros de él trabajando para el gobierno, nadie se acuerda del tío de mi abuelo, del tipo que quería ser ingeniero pero que terminó soldado. Fue fiel a O'Higgins, se retiró de la política cuando lo obligaron a renunciar. Pero no se

menor de edad y ahora era padre de dos hijos. Tenía que cuidarlos. El campo estaba bien. Uno podía desaparecer en el campo. Tener su propio país ahí, olvidarse de todo y dedicarse a cultivar la tierra que parecía rendir. Según mi abuelo, su tío quiso hacer eso. Quiso permanecer ahí, en el campo para siempre. No meterse en nada. Estuvo feliz por un rato. A veces llegaba gente a pedir trabajo y se quedaban en el fundo. Chile estaba lleno de personas dando vueltas, a la deriva en los caminos, familias de campesinos que avanzaban de localidad en localidad intentando conseguir trabajo o comida en ese país nuevo. A veces el tío le daba trabajo a algunos, se quedaban en los graneros, participaban de la trillas, ayudaban en la vendimia. Mi

ciudad ni la sangre. Se carteaba con el Libertador un par de veces al año: saludos cordiales donde no había ilusión alguna, nada que no fuera la nostalgia de dos compañeros de armas fingiendo que echaban de menos la guerra. He

conocido historias de gente así: que abandonan cualquier cosa por una paz sencilla, por una vida sin tiempo, por unos días iguales a otros. Todo estuvo bien hasta que su mujer y sus hijos murieron. Fue repentino. Primero una sequía y luego una peste que se los llevó. Él los vio morir y quemó los cuerpos. Mi abuelo me contó que los incineró en una pira en el frontis de la casa patronal. Vio arder todo y no se bañó en meses y se dejó el pelo largo y se convirtió en un espectro tiznado que daba vueltas por las habitaciones. Una carta de O'Higgins, remitida desde Lima, le devolvió la cordura. Dijo el notario jubilado: mi abuelo dice que en esa carta O'Higgins le pedía que estuviera atento, que lo iba a necesitar en su regreso a Chile. Porque el Libertador soñaba con retornar. Hacía arreglos en Perú para volverse. Nada demasiado escandaloso ni grave, pero soñaba con volver al país. No lo decía así, pero se notaba a la legua: el Libertador odiaba a Portales y a los que estaban en el gobierno; en el fondo, odiaba un país que, de modo desesperado, se había esforzado por olvidarlo. No sé si eso decía la carta, si llegó a tener esas

Se bañó y se afeitó la cabeza y así se quitó los piojos. Dejó de gritar en la oscuridad. Decidió que iba a crear un ejército de autómatas para apoyar el retorno de O'Higgins.

* * *

No sé de dónde sacó la idea. Quizás fue un sueño. Quizás fue la falta de su familia. O la soledad. O el eco de su propia voz gritando en la casa. Mi abuelo indagó con los años

Nunca supo cómo llegó el tío de mi abuelo a pensar en los autómatas ni por qué los recordó en el campo chileno, que

Europa: una vez en un salón de criollos ilustrados alguien le habló de un pato mecánico que comía y cagaba y caminaba; otra vez fue a un espectáculo donde un jugador de ajedrez autómatas venció a varios maestros en un pequeño teatro. El jugador estaba vestido de turco y movía las piezas con la mano izquierda. Su semblante era impenetrable: era la parodia de un rostro, el remedo de una cara, el apunte borroso de algo parecido a un cuerpo. Dicen que el jugador mecánico le había ganado en Ginebra una partida a Napoleón. Él vio una partida del jugador mecánico. El ajedrez le importaba un rábano pero sabía mover las piezas, podía entender. Según mi abuelo, a su tío le asombró ese rostro impenetrable y la precisión de sus movimientos. El ingeniero aún no se volvía soldado. Se concentró en esa mano de madera troquelada que movía las piezas con una elegancia triste hasta deslizar a sus oponentes a un jaque mate tan humillante como irreversible. Se concentró en la parsimonia del autómatas, en la ausencia de sonidos y de emoción, en la claridad de la máquina a la hora de cerrar cada jugada. Nunca pensó lo que con los años se supo del jugador de ajedrez turco: que era un truco, que había un sujeto encogido dentro de la caja, que la maquinaria del autómatas era sólo humo y espejos. Eso lo vio en París y luego regresó a Chile y se sumergió en la guerra y la conspiración, y luego se fue al campo, y el campo y la peste acabaron con los suyos hasta que le llegó esa carta sellada de O'Higgins. Y ahí lo recordó todo: se acordó de los autómatas, del ajedrez, de la sombra del pato mecánico. Y fue entonces cuando decidió crear un batallón, un ejército, una legión de autómatas para apoyar a O'Higgins y su retorno.

* * *

Lo logró: tenía talento. Volvió a estudiar mecánica, consultó libros, se puso al día con la técnica. Transformó esa casa patronal de pilares de madera y adobe en un taller, en una factoría. Se dedicó a estudiar un año completo. Se sumer

Aprendió de a poco. Tardó cinco años en los primeros autómatas. Primero replicó el pato, que si bien no pudo volar, podía moverse por el campo. Luego fabricó una gallina mecánica. Luego un perro. Eran simples pruebas, juguetes a cuerda a los que les faltaba un ojo o un ala. Pero la gallina sí ponía huevos. Y el perro ladraba, aunque ese ladrido fuera más bien un quejido, el suspiro asmático de los órganos de metal de la máquina cuando llegaban a algo pa

estarían ahí: todos esos animales mecánicos dando vueltas por los jardines del fundo, como si fueran una fauna verdadera. Pero crear a los soldados fue un problema. Una cosa es diseñar una bestia y otra intentar darle vida a un soldado y luego enseñarle a matar. Lo logró. Creó varios

bocas. Les pintó las mejillas para dotarlos de rubor, talló las cavidades de las orejas, les colocó un corazón de lata en su sitio. Mi abuelo me dijo que nunca vio los diseños, que su tío los guardaba celosamente en una habitación cerrada. No se preocupó por el alma de sus criaturas. Esto no era un cuento infantil, no era literatura. Por lo mismo, sabía que estaba creando máquinas de matar y que aunque tuvieran algo parecido a eso, algo que pasara como un espíritu inmortal, lo iban a perder de inmediato; que el alma era una pendejada para filósofos de folletín, para ilustrados de última hora como ese pobre imbécil de Andrés Bello, para los pobres curas huevones preocupados de almorzar gratis en la casa de los fieles. Por lo mismo, liberado de las honduras de cualquier debate moral y pensando como hombre de ciencia, hizo modificaciones *ad hoc*: cuchillas que salían de los dedos de pino, pequeños

que vomitaban aceite caliente por la boca. Diseñó uno a uno sus soldados. Los construyó pacientemente y luego les enseñó a marchar por un pequeño campo de Marte que hizo arrancando unos sembradíos. Los soldados eran más de cien. No hablaban. Estaban pintados con los mismos colores del uniforme de los húsares de la Independencia. La energía la sacaban de un complejo motor a cuerda y las articulaciones estaban hechas de una estructura de poleas hidráulicas. Pero no podían sonreír. La boca era un rictus congelado, el silencio su única mueca, el aire frío, la sangre que estaba entre la madera y el metal. Nunca anduvieron bien: eran lentos, se atacaban

de las articulaciones, la cuerda les duraba cinco o diez minutos. Quietos se veían preciosos y amenazantes, la promesa de una sombra de muerte que alguna vez sacudiría los valles. En movimiento, por el contrario, parecían un sainete cómico actuado por juguetes. Mi abuelo se dio cuenta de eso: una gallina mecánica es divertida y entrañable, un hombre de lata armado es peligroso o patético.

* * *

Tardó demasiado en construirlos. O'Higgins nunca volvió ró.

Ya había cerrado las puertas de la hacienda, donde probó una y otra vez a sus soldados hasta fallecer en el sueño en 1850, antes de que estallara en Santiago la miniatura de una rebelión liberal para la que, tal vez, sus soldados hubieran servido en los piquetes. Nunca supo de ese aborto de revolución. No alcanzó a ver cómo el país era capaz de inventarse sus propias tragedias sin tener que recurrir a las europeas. Lo enterraron en el cementerio familiar de la hacienda. No hubo funeral vikingo para él sino más bien una ceremonia sin sacerdotes,

llantos ni canciones. Salvo para sus más cercanos, las puertas del fundo permanecieron cerradas. Mi abuelo y sus hermanos se encargaron de ordenarlo todo. Sus padres no querían saber del tío que era para la familia dos cosas vergonzantes: un traidor y un loco. Así que ellos fueron al campo y embalaron todo: los animales, los autómatas, el taller. No pudieron dar con los planos. Les dijeron a los inquilinos que se llevaran lo que quisieran de la casa. Abrieron una fosa en la tierra y enterraron a los soldados envueltos en sacos de papas. Mi abuelo me contó que mientras cavaban escuchó el sonido de los ojos de porcelana abriéndose y cerrándose mientras las paletadas caían sobre sus rostros tapados por los sacos. Me dijo que imaginó las cuchillas saliendo de las yemas de los dedos. Me dijo que pudo ver cómo algunos movieron los brazos, agitaron las piernas. No habían peleado en ninguna guerra, nunca fueron otra cosa que cadáveres de pino y latón. Me dijo que el sonido de esos cuerpos de metal agitándose en la fosa y chirriando lo acompañó por años, como pesadillas. Me dijo que luego él y sus hermanos quemaron la casa desde sus cimientos, esperaron que el incendio se apagara y luego se fueron. Vendieron el fundo. Olvidaron dónde quedaba. Chile se llenó de nuevos caminos y nuevas guerras y el regreso del Libertador pasó a ser una postal, una pintura, una especie de sombra pelirroja que presidía los discursos oficiales; a lo más, un recuerdo sin sangre. Mi abuelo me dijo que nadie se acordó de su tío y que por eso me contó la historia, dijo el notario jubilado. Que yo lo creyera o no, era irrelevante. Ahora yo se la narro a usted, dijo, le relato la vergüenza y el mito de mi familia. Ahora no es más que un cuento, dijo. No es algo que tenga más espesor que esos poemas míos de los que tampoco nadie se acuerda porque nadie los leyó. En alguna parte están esos soldados durmiendo bajo la tierra, soñando con una guerra que nunca nadie alcanzó a librar.

* * *

Me dijo el notario jubilado antes de irse, antes de desaparecer entre el olor a comida y la multitud y el ruido: subido arriba del caballo, lo último que vio mi abuelo del fundo de su tío fue una gallina mecánica caminando por el jardín. No se lo contó a sus hermanos. Se quedó con esa imagen antes de empezar a olvidar. Una gallina mecánica moviéndose en medio de la maleza, una gallina mecánica en medio del pasto seco, de las cenizas, avanzando hacia el valle.

La dieta del orco

La mina me dejó, se fue, hueón; no cachó que yo estaba hecho de alta fantasía y se fue cagando y yo me quedé solo en la casa con mi vieja que hablaba puras hueás de que renda

chucha, onda que salía en las mañanas y me paseaba por el Portal Lyon buscando a los pendejos para jugar a las cartas y los hueones me cachaban ahí, flaco y medio pelado y como que me tenían miedo, como que tenía pinta de pervertido pero nada, ni un rollo, si soy más bueno que la cresta, onda que nunca me he ido a las manos en mi vida y eso se los decía a los pendejos, les decía que tenía mis cartas y que era fanático del profesor Tolkien y que la hueá del rollo de la literatura fantástica me rayaba en mala y los pendejos me escuchaban y me preguntaban hueás y yo me pasaba el día así y cuando tenía hambre me metía al Burger King o al McDonald's y me comía una hueá barata y volvía a sentarme en el suelo y ellos me preguntaban por mi vida y le decía que mi mina me había dejado, que me había mandado a la chucha pero no les contaba que a veces iba a una cabina telefónica que había en un cibercafé y marcaba su número y le dejaba mensajes gritándole te voy a matar, perra culiá, me cagaste la vida y ella nunca me llamaba de vuelta y no, no les decía eso, no les decía que mi vida valía callampa pero sí hablaba de literatura fantástica, les hablaba del profesor Tolkien y de cómo cresta había aprendido a escribir en el alfabeto élfico, les hablaba de la dieta de los orcos y de los hobbits y ellos me decían que los hobbits eran todos maricones, que se gastaban parejo entre ellos, que los culiaos eran entero huecos y que el profesor Tolkien también, que no le creían nada y que la película era una mierda pero yo me defendía porque les contaba que en realidad Chile tenía su propia Tierra Media en los bosques del sur y les hablaba de una serpiente gigante mapuche y

los ngechen y que los araucanos se comían el corazón de sus enemigos y los hueones me decían eso es grosso, suena grosso, hueón, ojalá hubieran ganado esos hueones la guerra y yo les decía que sí, sí ganaron y me llevaba el dedo índice a la sien y agregaba sí ganaron, sí ganaron, sí ganaron, porque están acá, hueón, están acá en la volá de la mente y eso los españoles no lo pudieron matar, porque todos somos caníbales, hueón, y un día vamos a despertar y nos vamos a comer el corazón de todos y los pendejos me miraban y asentían y luego seguíamos jugando o cambiando libros y mientras ellos se hacían más viejos yo me volvía más joven, hueón, era un vampiro, porque me alimentaba de ellos y después, cuando atardecía, me iba para mi casa y ahí estaba mi vieja, viendo las noticias, pegada con Megavisión, asustada, cagada de miedo porque Chile se había llenado de delincuentes, porque en cualquier momento alguien se iba saltar la muralla del patio y se iba a llevar la tele, el horno microondas o esa lámpara culiá que era de no sé cuál tía y yo escuchaba a mi madre y luego me hacía un té y me metía con el té en mi pieza y me sentaba en el escritorio y ponía alguna huevada de Mahler o una ópera de Wagner o algún disco de música celta y me ponía a escribir a máquina hasta que me diera sueño y eso podía durar toda la noche, podía durar hasta que amaneciera porque yo estaba escribiendo una novela, hueón, una novela inmensa de la que llevaba dos mil páginas, una saga de cinco libros, que era mi homenaje al profesor Tolkien pero también a los guerreros mapuches del siglo XVII, una novela que se llamaba *El cáliz de la serpiente* y que trataba de un príncipe bastardo al que sus hermanos odiaban en un mundo de islas hechas de pura roca volcánica que los humanos sólo podían cruzar arriba de unas serpientes voladoras, serpientes emplumadas que eran como dragones porque tiraban fuego por la boca y por la raja y la novela duraba cinco tomos porque era una saga lo que estaba escribiendo y contaba cómo este príncipe bastardo, que era el hijo de un rey manco y una muchacha demonio, aprendía a volar una de las serpientes y luego tomaba posesión de las islas hasta que el poder lo

corrompía, porque lo que yo estaba escribiendo era una tragedia, hueón, una tragedia artúrica, una historia sobre el ascenso y la caída de este rey que en un momento dejaba embarazada a su hermana y mandaba a degollar a una aldea llena de elfos y nadie se le oponía, nadie le decía nada porque tenía la magia del mundo en sus manos, hueón, tenía la magia y los elfos no la tenían porque ya no les quedaba demasiado tiempo en este mundo y, eso sí, la verdad, eso, se lo había copiado al profesor Tolkien, lo mismo que los hobbits, que no se llamaban hobbits sino jabbings, hueón, y toda la historia la contaba un jabbing castrado que vivía en el centro de una biblioteca que había sido construida dentro de una de esas islas de roca volcánica y el jabbing hablaba de este rey y de cómo lo traicionaban y le rompían el corazón y se enamoraba de su hermana y se le aparecía el fantasma de su padre con la cara llena de gusanos a guiarlo cuando andaba perdido, mostrándole pasos secretos en los mapas de ese mundo que se llamaba Storm Archipiélago y el rey bastardo lo escuchaba e intercalaba ahí un mapa que había dibujado con tinta china con el orden y las coordenadas y los territorios de ese mundo y en el centro del mapa estaba la ciudad de Estigia, conocida por sus fabulosos prostíbulos y por su población de jabbings y orcos parlantes de tres cabezas, y en el centro de esa ciudad había un castillo cuyos subterráneos llegaban hasta el centro de la tierra y era ese fuego el que daba la energía para que funcionara la ciudad y el rey a veces bajaba hasta el subterráneo, digamos que más o menos bajaba una vez cada quinientas páginas, y negociaba con unos demonios de fuego algo que recién se sabía en el cuarto tomo, que era su inmortalidad a cambio de la vida de su hijo y los demonios aceptaban y él iba al mundo interior que estaba bajo la ciudad de Estigia y les pasaba la guagua y ahí todo se iba a la cresta, mi novela se volvía oscura porque en el quinto tomo la guagua había crecido y volvía a vengarse de su padre y ya no tenía rostro porque no tenía cabeza, hueón, porque los hombres de fuego se la habían sacado y habían puesto ahí una llama de luz azul y eterna y todo terminaba con un final apocalíptico, con una guerra

total donde el rey bastardo peleaba con su hijo en medio de un campo lleno con las cabezas cortadas de mil jabbings mientras las serpientes voladoras bailaban en el cielo, mientras mi madre gritaba de alegría en su pieza porque veía un programa de mierda de Megavisión donde los pacos entraban a la fuerza a la casa de unos narcos y ella se alegraba porque estaban barriendo a esa basura, estaban apresando a esos delincuentes que le daban droga a los niños de Chile, a los asesinos que traían ese flagelo que había enfermado al país, gritaba mientras yo escribía sobre ese duelo final entre padre e hijo, un duelo cuyos únicos testigos eran los ojos muertos de un millón de jabbings cuyas cabezas desolladas cantaban una canción de amor —la del rey por su hermana— y el fantasma agusanado del padre flotaba mientras abría su mortaja y sacaba un mapa al que se le borraban las líneas con cada estocada que se pegaban el rey y su hijo y yo escribía todo eso y llenaba todo de una prosa fantástica, hueón, una prosa épica que ya se la quisiera cualquier poeta culiao, donde alguien levantaba su flamígera espada hacia el cielo azafranado dibujando un arco de centellas que se abría paso sobre los broches dorados de una armadura forjada de soles, hueón, y escribía eso mientras pensaba cómo cerrar el arco narrativo, porque aquí había un arco narrativo, conchetumadre, el medio arco narrativo, culiao, porque yo había hecho la pega y me había leído tres libros gringos sobre cómo escribir novelas y construir personajes y ambientes que me había prestado un amigo que sabía más que la cresta porque se leía como mil libros cada año y esos manuales estaban la raja porque eran escritos por unos hueones secos, unos hueones a los que hubiera abrazado de conocerlos porque me habían enseñado cómo era estructurar una narración y a separar los capítulos tal y como lo hacía el profesor Tolkien, como lo hacían esa minita que escribía *Las nieblas de Avalon* y ese guatón culiao del *Juego de Tronos* y Robin Hobb y el seco, sequisimo, de Steve Ericsson que me encantaba porque todos ellos me rayaban y tenía sus libros en el estante de la pieza, justamente al lado de los manuales de escritura y mis libros de hadas y

mitología mapuche; todos esos libros que miraba cuando se me iba la energía del cuerpo y me quedaban como cien páginas para terminar y no me decidía si el hijo de fuego azul mataba a su papá o el papá mataba al hijo o el hijo quemaba con un abrazo al fantasma agusanado porque era una decisión cabrona, hueón, una decisión compleja porque ahí se me iba a la cresta el arco narrativo, ahí se me iba la vida, me la jugaba todo por el todo en ese cierre, chuchetumadre, y no sabía si iba a funcionar pero yo confiaba en los manuales que tenía y en las ciento catorce veces que había leído *El Silmarillion* mientras pensaba que ojalá termine esto pronto porque quería estar despejado para la partida de cartas de mañana y porque les quería contar a los pendejos del Portal Lyon que había terminado mi saga y que duraba como cinco mil páginas, que duraba miles de hojas que reposaban en varias pilas amarradas cada una con un elástico sobre el escritorio: los tomos I, II, III, IV y V, una saga completa, un mundo completo, un planeta hecho de los huesos de un billón de jabbings muertos que había salido entero de mi cabeza, hueón, y que latía ahí sobre la mesa como un animal vivo mientras yo trataba de dormirme, mientras mi madre, iluminada sólo por el resplandor de la tele sintonizada en una carta de ajuste, soñaba con delincuentes y asesinos ahorcados en una alameda tapizada con sangre seca.

Ho Chi Minh City

Miro por la ventana. El cielo se vuelve negro. El mar se agita. Mi escritorio tiene vista al océano, a la playa, a una línea del horizonte que comienza a ponerse borrosa. Mi mano derecha escribe sobre el papel. Mi mano izquierda abre el libro con la obra fotográfica de mi hermano Pascal que murió en Vietnam en 1970. En la última imagen, que coincidentemente fue la última que sacó en vida, aparece una muchacha asiática sin nombre apoyada en un farol de alguna calle de Saigón.

La muchacha lleva el pelo tomado con una flor, un peto cortísimo y una falda de seda plástica con dragones que apenas le tapa el comienzo de los muslos. La muchacha sonríe a la cámara y la foto en blanco y negro capta su mirada tristísima, en la que puede reconocerse lo que ha dejado en ella un lugar que huele a combustible, a len

farol está lleno de graffitis y sobre éste aparece más allá un horizonte de cables y edificios destruidos. Hay agujeros de bala en el cemento del muro: la puntuación para la caligrafía imprecisa de esos mensajes cortados que la imagen alcanza a capturar. La fotografía es lo suficientemente nítida como para que quien la ve pueda comparar la piel tersa de la chica con la superficie rugosa de aquel cemento que será bombardeado una y otra vez en el futuro, como si de modo contradictorio en las mejillas blanquecinas de la joven se escondiera una promesa de paz que nunca llegó a cumplirse.

Por supuesto, no sé si mi hermano Pascal intuyera eso mientras disparaba el obturador sobre la chica. No lo creo. Mi hermano Pascal no pensaba en sutilezas, estaba metido en una guerra. Esta última imagen es más bien un saldo, una distracción, un desliz de luz frente a lo sombrío que resulta el resto del volumen. Porque esta es la clase de foto que tomas cuando no estás

haciendo fotos, la clase de imagen espontánea que sólo sirve —por azar o mala suerte— para hacer de epitafio o despedida.

Mi hermano estaba en Vietnam trabajando para ****. Era un profesional competente y tenía huevos. Así lo dice el prólogo del libro que ahora tengo en mis manos. Por supuesto, se trata de un lujoso volumen que contiene sus mejores trabajos. Es un periplo interesante: las primeras fotos eran simplemente retratos de vidrieras del comercio

detalle. Imágenes de negocios al borde de la quiebra, de bazares de saldo, de charcuterías sombrías. Los negocios, en esas fotos, siempre están vacíos, nunca tienen dependientes ni clientes. No hay nada ni nadie. París está vacío, despoblado, ha pasado de ser una ciudad a un museo gigante, como si Pascal lo retratara como un parque temático que prefigura el destino de parque temático que tendría el continente completo décadas más tarde, lleno de medallas soviéticas vendidas como latón en las ferias libres del Este, mientras viejos soldados entonan himnos comunistas acompañados de acordeones desafinados. En sus primeras fotos, París luce así: como una larga lista de vitrinas que dad, del mercado como una colección de fósiles. Esas fotos le labraron un pequeño prestigio a Pascal, pero fueron sólo el comienzo.

Alguna de esas imágenes llamó la atención de alguien y Pascal recibió su primer encargo. En 1960 cubrió una guerra de bandas en Sicilia y el desastre de un terremoto en África. Mi padre dejó de hablar con él porque consideraba que vendió su talento por dinero. A mi hermano Pascal no le importó; era budista en una forma de budismo más que *sui generis*; volviéndose cada vez más silencioso, dejando que sus imágenes hablaran por él.

Terminó en Vietnam porque debía terminar ahí. Mal karma. La rueda del destino girando acelerada o en sentido contrario. Alguien me contaría en una

larga carta sin origen claro y que llegó meses después de que se publicara el libro, que mi hermano tenía algo de estúpido, algo de suicida. Sugería que había algo ahí en las fotos. La carta decía que había que mirar de nuevo y con detención sus trabajos para la prensa. Ahí, en la mayoría de las fotos parecía que la cámara estuviera puesta metros o centímetros más adelante de lo aconsejable, como si cruzara voluntariamente una línea invisible, un supuesto límite de seguridad. Esa persona, que bien pudo ser una mujer, una amante, decía que buscáramos en el libro aquella foto donde sale un capo de la mafia durmiendo plácidamente en su cama.

Decía la carta: mire esa imagen, mire cómo su hermano enfoca la nariz del capo, cómo es posible percibir la respiración del sujeto sin empañar el lente. Mire la foto y piense en que su hermano pasó tres meses en ese poblado del sur de Sicilia para conseguirla, que logró engañarlos a todos, que sacó la cámara sólo una vez y luego salió corriendo.

Decía la carta anónima: Pascal era un hombre invisible, veía el desastre, intuía lo que venía tras los escombros, aquella cantidad insoportable de muerte y miseria. Luego, el redactor o redactora de la carta agregaba que había conocido a Pascal en Manila por esos días y que luego se lo había topado en Vietnam. Esa persona, quizás lo había querido o comprendido mucho más que toda nuestra familia junta, que consideraba a Pascal uno más de aquella pandilla de hijos díscolos. Por supuesto imagino que mi padre se conmovió al leer la carta. Era lo suficientemente larga como para intentar aclarar el destino final de mi hermano aunque lo que contara no tenía por qué ser una verdad rigurosa. En el caso de Pascal, se trata de una ficción policial. En el caso de Pascal, como en el de todos nosotros, había cosas que teníamos claras y otras cuya visión nos había sido vedada.

Sabíamos, por ejemplo, que mi hermano había llegado a Saigón y, luego de tres meses, había sido baleado en la puerta de un bar. No teníamos claro

precisamente qué más hizo entonces, a qué se dedicó en todos los meses que estuvo ahí.

Mi hermano fue una baja de guerra, pero también otra cosa. La carta lo aclara en parte: mi hermano llegó a tomar fotos de la guerra y a seguir a los soldados. A eso venía. La gente de **** todavía recordaba la instantánea del capo mafioso durmiendo y quería esa mirada, esa cercanía. Pascal aceptó. Le interesó de inmediato. Entró con credencial de periodista y pasaporte francés. Antes, había ido y venido intermitentemente de San Francisco, intentando fotografiar los últimos estertores del verano del amor hippie. He visto esas fotos: muchachas y muchachos tirados en los parques, sucios y fuera del tiempo y sonriendo desnudos a la cámara con la mirada perdida. Por eso no había problemas con el idioma: Pascal hablaba un inglés más que decente que le sirvió para ubicarse los primeros días y saber por dónde moverse mientras vagabundeaba; se juntaba con los soldados en los bares, fumaba marihuana y acudía ocasionalmente a algún prostíbulo del barrio rojo, que bien podía ser la ciudad completa.

En esos momentos no tenía claro qué fotos iba a sacar. Por lo que decía la carta, todo ahí le parecía a tal punto insoportable que cualquier registro que hiciera de ello lo consideraba superfluo, inútil, carente de sentido. Pascal pensaba que en el Nam todo era obsceno y ofensivo y pensaba que lo único que se podía intentar decir de todo aquello, lo único que se podía retratar en ese lugar, era aquella devastación hecha a una escala que no era humana.

Cayó en depresión apenas llegó. Luego enfermó de diarrea. Aprendió a mantenerla a flote a base de cerveza vietnamita y aguardiente de arroz. La carta decía que Pascal estuvo así por semanas, dando vueltas por la ciudad, perdido, ensordecido por las balaceras, por el sonido de los altavoces y la música de los prostíbulos. Asqueado. Por supuesto, en ese período aprendió a conocer Saigón. Se dio cuenta, por eso, de que había un mercado negro gigantesco donde se podía conseguir de todo, amén de una insurgencia que

estaba dedicada al sabotaje. Conoció a soldados heroinómanos, a asesinos de niños, a gente que guardaba narices humanas como si fueran camafeos.

En Vietnam el tiempo estaba marcado por el desastre, por la catástrofe. Los segundos y las horas eran contados por medio de las bombas, balaceras, cadáveres colgados en los postes de la luz y los puentes, dragones orientales dibujados en biombos manchados con sangre, diversas e innumerables noticias de muerte. Esas noticias —aquellas con las que Pascal se topaba en el día a día— rara vez aparecían en los comunicados oficiales o en la prensa de la zona de guerra; apenas quedaban registradas en los informes de inteligencia que insinuaban que la mayoría de los blancos civiles —los vietnamitas asesinados por otros vietnamitas— eran selectivos, menores, invisibles.

Pascal sospechó algo. Percibió una sombra moviéndose entre las sombras y las luces sucias de la ciudad. A tres meses de estar en Saigón, cuando no iba a soportar un día más de *pho* de cerdo, intentó darle una dirección a su trabajo.

había estado dando vueltas sin demasiado sentido.

Así, Pascal reorientó las fotos que estaba haciendo: se dedicó a tomar retratos de aquellos lugares donde se había producido un atentado. Consiguió que un oficial de inteligencia americano le dejara el recado en su hotel cuando se producía uno. No eran imágenes agradables. Pascal fotografiaba cadáveres tapados con diarios mojados, sillas manchadas de sangre, vidrios rotos, mujeres llorando, policías militares observando boquetes en el suelo, en el lugar donde alguna vez había estado una puerta, un aparador, una rockola. Pascal sacaba fotos de miembros descuartizados, de niños partidos por la mitad porque sencillamente pasaban por ahí, de rostros de soldados rubios con los ojos abiertos mirando el aire vacío de la calle mientras levantaban un fusil en señal de alerta por un ataque inminente. No eran fotos épicas sino momentos congelados después del desastre. Yo mismo he visto esas imágenes y concuerdo con el redactor de la carta. Los trabajos de mi hermano suspenden

el tiempo, obligándolo a cancelar su progresión, mientras definen un mundo completo en cada golpe de luz.

Esas fotos, para Pascal, señalaban otra cosa, algo que sólo él podía identificar. Pascal vio algo detrás de las fotos, decía la voz. Pascal vio lo que sucedía debajo de Saigón en guerra, leyó los atentados de la insurgencia como un géiser que dejaba aflorar una corriente oculta, subterránea.

budista: una serpiente que se mueve debajo de un campo de bambú y sólo se delata al ver las puntas de cada una de las ramas agitarse. Para el espectador es el viento el que las mueve, pero en realidad no hay ahí viento ni brisa; es la serpiente que anda debajo; su cuerpo roza los tallos y hace que las pequeñas hojas de bambú se muevan.

Nunca vemos a la serpiente pero sí vemos el movimiento.

La serpiente es el viento.

La serpiente no es el viento.

Pascal, decía la carta, decía poder ver a la serpiente. Pascal, drogado con marihuana, borracho todas las santas noches para procesar el horror y la mutilación y la muerte, podía ver a la serpiente moverse. Pascal se había convertido en una mirada que abría los ojos en la oscuridad y no se dejaba cegar por el fuego. Y lo que vio Pascal, la serpiente, era en realidad un alfabeto, decía la carta. O más bien la parodia de un alfabeto.

Alguien mandaba señales con las muertes. Alguien dialogaba con alguien por medio de los atentados, por medio de los cuerpos colgados de las vigas en los puentes, balanceándose sobre los desagües abiertos como el péndulo de un reloj que cuenta los segundos hacia atrás. Había un código ahí, según Pascal. Y un secreto. Y una conversación interrumpida.

Pascal se obsesionó con los lugares de los atentados, decía la carta. Medio dislocado por la hierba y el whisky imposible, iba y venía de aquellos escenarios donde se había posado la muerte y sacaba fotos y las revelaba y

luego iba por más fotos y esperaba una nueva llamada en su hotel y seguía religiosamente todas las señales de catástrofe y explosiones

como era el Saigón de 1970. Por supuesto, cabe la posibilidad de que mi hermano se hubiera vuelto loco. Pero también que no. Pascal no era de los que se vuelven locos. Así que no creo que Pascal se hubiera vuelto loco, como decía la carta.

Pascal simplemente sopesó los hechos y buceó en sus propias imágenes y obró en consecuencia. Descubrió que había un mensaje, un alfabeto, que lo que parecía una insurgencia organizada bien podía ser sólo un hombre. No sé las razones precisas, la carta no las menciona, pero Pascal llegó a creer en aquella posibilidad de sólo un hombre detrás de los atentados o, mejor dicho, de cierto tipo de atentados. Pascal, en su ir y venir, creyó que podía distinguir, aparte de la firma, el mensaje secreto, lo que aquel hombre quería decir. Incluso lo imaginó aunque eso —y yo aquí le concedo a la carta el uso de una imaginación más bien limitada—, eso, leído desde el presente, funciona casi como una caricatura: un sujeto oriental de camisa floreada, con un leve bigotito, una sombra silenciosa e invisible esperando atacar y decir con aquella lengua torcida un mensaje relevante.

Sobre el qué de ese mensaje, Pascal llegó a creer por momentos —sobre todo en sus últimos días— que se trataba de una carta de amor. No pudo probarlo. Fue y volvió del lugar de los atentados una y otra vez. Sacó más fotos. Envío algunas a **** que se las pagó y le pidió que volviera por otro encargo. Pero no volvió de inmediato. Y pasó lo que tenía que pasar. Según la carta, el hombre invisible vio a Pascal en alguno de los múltiples escenarios y se dio cuenta de que mi hermano había podido leer su mensaje.

La carta dice que Pascal percibió que lo habían descubierto pero no hizo nada. No escapó. Tal vez había comprendido el mensaje, pero no se lo dijo a nadie. La voz anónima de la carta no dice nada particular sobre este punto. Yo,

por mi parte, supongo que mi hermano hizo lo que sabía hacer; poner la nariz delante de la línea del peligro y oler la pólvora.

El hecho es que un día salió de un bar donde estaba bebiendo mai-tais con un periodista inglés y vio a aquella muchacha, que era una prostituta menor de edad, apoyada en un farol. A Pascal, dice la carta, le conmovió su belleza. Se lo dijo al periodista inglés, quien se lo comunicó pasado un tiempo, quizás años, al redactor de la carta. A mi hermano la muchacha le pareció un contrapunto a toda la ola de mutilación que lo circundaba. Le pareció que esa belleza bien valía una foto porque por un momento la luz de Saigón no sólo servía para esculpir la muerte. Puede que haya pensado en eso. También puede que no haya pensado en nada de nada, que simplemente haya sacado su cámara rusa y haya disparado para capturar el alma y la sonrisa de la chica y que luego, desde una moto en movimiento, alguien le haya pegado un tiro en la espalda por haber leído sobre la ciudad de Saigón aquello que no debió ser leído, por atravesar un alfabeto de sangre para entrever un mensaje que no supo transmitir a nadie salvo al redactor o redactora de la carta, esa voz que aspiraba ser viuda o deudo suyo; y a nosotros, sus hermanos perdidos, que tampoco pudimos descifrar.

La serpiente no es el viento.

La serpiente es el viento.

Arena negra

Se arrancó de la casa a los diez años. Su papá le pegaba a su mamá. Ella se fue. Los dejó botados. Él partió a vagar por el centro. Le perdió el rastro a sus hermanos. Comenzó a vivir en una caleta al lado del río. Lo agarraron los pacos y lo llevaron a un centro de menores. Nadie lo buscó. Se escapó por el techo. No volvió al colegio. Tuvo un problema en la caleta. Acuchilló a alguien. No volvió a dormir bajo el puente. Todo en realidad fue más complicado pero ya se olvidó de eso.

* * *

Fue a dar a la calle 10 de Julio.

* * *

Se puso a dar vueltas ahí, entre los talleres y las tiendas de repuestos. Pedía plata para comida, lavaba autos, hacía encargos.

* * *

En un taller le tomaron cariño. Lo mandaban por el almuerzo a una fuente de soda o que llevara cosas de un lugar a otro. Le pagaban con monedas o le daban comida. Todavía dormía en la calle. No lavaba la ropa sino que compraba otra nueva. Se cortaba el pelo en el centro.

Cuando estaba cansado, se metía a un cine.

A veces, había películas de carreras de autos. Años después, recordó haber envejecido en ese cine, mirando escenas de acción o persecuciones en la carretera.

Uno podía quedarse el tiempo que quisiera. Daban programas dobles rotativos.

* * *

El cine cerró. Quebró. Lo volvieron una iglesia evangélica. Ahora le da pena pasar por ahí. Ya no están esos afiches mal impresos donde los actores aparecían deformes.

Entró al cine a los 12 años y salió cuando cumplió 15.

* * *

En un taller le dieron más trabajo: arrastrar pedazos de carrocería.

Aprendió de motores. Aprendió trucos, trampas. La dueña del taller era una señora que lo había heredado de su marido, muerto de un ataque al corazón. Se llamaba Elsa. Le pagaba puntualmente. Según los que trabajaban ahí era más brava que él. A veces aparecían compadres vendiendo piezas: radios, tapas, llantas. Les compraban o les hacían pedidos. Nada muy fuerte, nada muy pesado.

A veces iba a los cafés con piernas con ellos. Tomaba piscolas desvanecidas y miraba a las muchachas. Se metía con algunas. A esa altura ya se había mudado a una pensión que quedaba cerca de Matta, se había acostumbrado al barrio.

Su papá aparecía por el taller y le pedía plata. Una vez se agarraron a combos y llegaron los pacos.

No sabe cuánto tiempo estuvo ahí.

* * *

La señora Elsa se enfermó y se murió de un día para otro. Aparecieron los hijos y vendieron todo.

* * *

Volvió a la pensión. Le entregaron un poco de dinero y se olvidaron de él.

Pasó tres meses así. Volvió a robar comida. La plata la ocupó pagándole a la casera. Se metía a los cafés y le fiaban las niñas. Tomaba pisco puro. Se enamoró de una muchacha colombiana pero todo se fue a la mierda.

Fueron días malos.

En un momento dejó de pagar la pieza y amenazaron con echarlo.

Recuerda esa noche. Había robado una botella de pisco del Santa Isabel y se quedó viendo tele por horas, sin poder dormir. Cuando se acabó la programación siguió mirando la estática. Estaba borracho y creía que la gente le hablaba, veía sombras y siluetas en esos puntos negros. Se acordó de su mamá, dónde andaría ella ahora.

El corazón se le volvió de piedra.

Se durmió a duras penas. Al día siguiente salió a dar vueltas por 10 de Julio a ver si conseguía pega. No pasó nada. Se metió a un café. Se encontró con un huevón angustiado que le vendía cosas a la señora Elsa. Le dijo que había encontrado a Cristo y que había dejado la pasta base. Se llamaba Pepe. Le preguntó cómo estaba y él le contó. Le preguntó que si lo quería acompañar ese día.

Aceptó.

Fueron a Providencia.

El Pepe dijo que siempre trabajaba ahí. Él tenía que vigilar. Se llevaron un Renault. Nadie los vio. El Pepe manejaba. Desactivó la alarma en medio minuto. Algo hizo con el GPS. Él miró. Era bueno mirando: aprendió casi todo ahí mismo. Llevaron el auto al otro lado de Santiago, cerca de San Pablo, a una desarmaduría.

Los recibió alguien al que le decían el Jeque. Era un gordo con un tatuaje en el cuello. El tatuaje no se veía claro. Era una mancha verde que parecía un escorpión. El tatuaje se estaba borrando, volviéndose transparente. El Jeque tenía dos caballos de carrera y estaba prófugo, según supo después. Los autos

los llevaban al norte y los sacaban por un paso para Bolivia. Si no servían, vendían las piezas a los talleres de 10 de Julio.

Todo desaparecía o se reciclaba. La desarmadura era gigante. El Pepe le dijo que alguna vez había sido el gimnasio de un colegio que se quemó. El Jeque dijo que había fantasmas. Niñitos o profesores muertos. Santitos, dijo. Ellos me protegen. A veces se caen cosas o se escuchan ruidos. Yo les prendo velitas y les rezo, dijo, y le mostró una virgencita que estaba sobre un montón de fierros, parabrisas astillados, puertas abolladas y latas.

El Jeque le pagó al Pepe y se fueron.

* * *

Abonó parte de la deuda en la pensión. Al día siguiente, el Pepe lo pasó a buscar y lo invitó a tomar desayuno en un boliche de San Diego. Ahí le preguntó si quería seguir trabajando con él.

Le dijo que habían detenido a su socio y que no confiaba en nadie. Le respondió que sí y comenzaron a trabajar juntos.

Se hicieron amigos. Empezaron a tener una rutina. Cambiaban de comuna todos los días. Aprendió el oficio. Aprendió a conectar la electricidad desde los cables y hacer partir los autos, a meter un fierrito en las puertas, a bloquear las alarmas, a saber cómo apagar la computadora.

Encontraron cosas en los autos: fragmentos de la vida de la gente, discos, libros, basura, fotografías, ropa, documentos.

Les pasaron cosas graves. De un departamento balearon al Pepe en el brazo y tuvieron que arrancar escondiéndose en los jardines de un condominio. Chocaron un par de veces en persecuciones pero salieron ilesos.

Se hicieron un nombre. El Jeque les hacía encargos: pedía modelos, años, colores. En la desarmadura seguía la virgencita de la chatarra y la sensación de que los fantasmas de los niños quemados los protegían a todos desde el

más allá. Cualquier cambio en esa rutina era imperceptible porque no era una rutina, sino el retorno escamoteado a ciertos lugares, a ciertos comportamientos. Por ejemplo, él seguía yendo a los cafés con piernas de 10 de Julio.

Ese era su mundo. No se quería mover de ahí. Se enganchaba con una mina y después pasaba algo y todo terminaba. El Pepe volvía a la pasta base por temporadas: le daba un fin de semana de cada semestre. Aparecía en la pensión pálido y ojeroso porque su mujer lo había echado y se quedaba tirado en el suelo de la pensión viendo películas de terror piratas.

* * *

Aquella vida duró cuatro, cinco años a lo sumo. Un día el Jeque los llamó a su taller. Ahí les dio un número de teléfono: dijo que les iban a ofrecer un negocio.

Él le preguntó por qué no lo tomaba, por qué se los pasaba a ellos. Apenas respondió.

No sé, dijo y miró a la virgencita. Es un pedido muy específico y yo estoy lleno de cosas.

Antes de salir del taller vio a uno de los fantasmas: una sombra blanca que estaba en la cabina de un auto al que le faltaban las puertas.

Ojos sin un rostro. El fantasma lo miró y luego desapareció. Siguió pensando en esos ojos sin un rostro cuando llamaron desde un teléfono público. Les dieron una dirección: un campo en Curacaví. Fueron al día siguiente. Pararon a comer en la carretera. Algo en el paisaje los conmovió. Demasiada luz, cerros secos y amarillos llenos de espinos y cuevas de conejo.

Se perdieron en el camino.

El lugar era una casona de adobe abandonada. Un hombre salió. Era un tipo de cincuenta años, con barba y el pelo tomado en una trenza. Se presentó. Dijo

que se llamaba Diego pero que ese no era su nombre real. Les preguntó qué hacían.

Le dijeron: robamos autos por encargo.

Les consultó por un par de modelos de camionetas de la década del setenta y del ochenta.

El Pepe le dijo que era posible, que aún había algunas por ahí, que era cosa de buscar.

Les dio un precio y preguntó cuánto tardarían. Le respondieron que un par de meses.

Él aceptó. El Pepe le preguntó por qué no las compraba.

Él dijo que prefería que fuera así, de este modo. Les dio una dirección para llevarlas en Santiago, un galpón en San Miguel.

Le dieron la mano.

Tenía la mano helada. Se subieron al auto de vuelta. Cuando dieron la vuelta para tomar el camino que venía del predio, vieron que de la casa salieron cuatro tipos armados con rifles.

* * *

Volvieron.

Pusieron manos a la obra mientras le seguían vendiendo al Jeque piezas y tapas y radios. Las camionetas eran complicadas pero las consiguieron. Se trataba de autos viejos y grandes, de preferencia no japoneses. Robaron en Bellavista y en Estación Central. Las guardaban en un garaje cerca de Matta y después las llevaban al galpón de San Miguel.

Nunca le abrían la puerta. Lo recibían en la calle. No volvieron a ver a Diego. A veces aparecía una muchacha con un vestido blanco que les pagaba y luego esperaba que se fueran para entrar la camioneta. No hablaba mucho.

La muchacha tenía el pelo largo y una cara tristísima.

No hacían preguntas. Ese era el trato. Buscaban los autos y los dejaban ahí.

A veces no estaban en buen estado, tenían los asientos podridos o manchas u olían a muerto.

A veces se trataba de autos impecables, como conservados por coleccionistas.

No se hacía problemas. Pega es pega, decía el Pepe. A veces, cuando entregaban uno, se metían a un café con piernas y se quedaban en silencio mientras unas muchachas desnudas les bailaban.

* * *

Algunas noches de insomnio él se preguntaba para qué querían las camionetas.

No podía dormir y pensaba en la muchacha de blanco (creía que era un fantasma) y también pensaba en sus ojos llenos de pena y en la manera cómo se subía lentamente a la cabina y esperaba que ellos se fueran. Ahí, él creía que ella les quería decir algo. Pero cuando volvían con otra camioneta, a él daba miedo hablarle: ellos eran los ladrones y ella era simplemente la que cerraba el trato.

Pensaba en eso, en ella, cuando pasaron un par de sustos.

Un tipo les disparó desde una casa en Recoleta y un carabinero en moto los siguió por un par de cuadras hasta que se dio vuelta al tomar una curva. Él lo vio caer por el espejo retrovisor y llevarse las manos a la cabeza.

El Pepe subió el volumen de la música. Creo que se lo contaron a la muchacha de blanco. Ella no les dijo nada.

* * *

No encontraron nada en varias semanas. Ningún auto.

Cuando volvieron a robar una camioneta se dio cuenta que debía hablar con la muchacha. La camioneta que manejaban tenía en la guantera la foto de una pareja de la década del setenta en blanco y negro, en una playa.

Pensó que ellos bien podían ser sus padres. Miró la foto mientras el Pepe

manejaba.

En una cuadra cerca del Club Hípico tomó la decisión. Cuando llegaron, ella salió a abrirles. Se bajaron de la camioneta y se la entregaron. Le preguntó para qué querían las camionetas. Le preguntó cómo se llamaba.

Ella le dijo un nombre que no entendió, hecho de puras consonantes.

No lo retuvo porque sonó un bocinazo desde dentro. Algo en su cara cambió. Antes de que ella se subiera a la camioneta, se le acercó y le dijo al oído: sólo quería conversar contigo. Ella no le respondió, se sentó en el asiento del conductor y cerró la puerta. Sintió que desde dentro, desde una rejilla del portón de metal alguien los miraba. Esa noche se emborrachó y le pagó a una muchacha de un café para que se viniera con él. Ella aceptó. No quería volver a su casa porque se había peleado con la amiga con la que vivía.

Se llamaba Vanessa y también se acordaba del cine que había cerrado.

* * *

Dos días después, el Jeque los llamó por teléfono para avisarles que el negocio de las camionetas se suspendía. El Pepe le preguntó por qué.

Él dijo que las habían cagado pero que estaba todo bien, sólo pasaba que ese negocio se cancelaba.

No hicieron nada esa tarde. Él le pidió al Pepe que pararan una semana.

Paremos, huevón, necesito descansar. Eso es todo. Al día siguiente, robó un Toyota y se fue a San Miguel, al galpón. Esperó por horas. Meó en un vaso de bebida. No pasó nada. A las siete de la tarde, salió un auto. La muchacha de blanco iba sentada atrás. Los siguió hasta una casa en Ñuñoa. El auto entró y no volvió a salir.

* * *

Esa noche volvió a San Miguel. Estacionó a una cuadra y miró el galpón. Quedaba al lado de una casa que tenía una muralla baja. Saltó y se metió al

patio. No tenían perro. No lo sintieron. La gente tenía el televisor encendido y dormían. Se dio cuenta de que si bien había un muro, el galpón tenía unas ventanas pequeñas y altas que daban a la casa de los vecinos. Se subió a una mesa del patio y probó.

Había una que estaba abierta.

Entró a una pequeña oficina que quedaba en un entrepiso. Bajó. El galpón era una desarmadura.

Miró los autos.

Reconoció las camionetas pero le pareció ver algo distinto en ellas.

Alumbró de nuevo con la linterna. Olía a soldadura, olía a pintura, olía a aceite de motores. Las camionetas estaban pintadas de negro y tenían los vidrios polarizados. Todas tenían instaladas luces y una torreta con una metralleta. Las tapas de las ruedas las habían recubierto con puntas y cuchillas. El capó tenía más puntas y había sido reforzado con acero. Los parachoques habían sido reemplazados por piezas de metal que hacían las veces de barreno y eso había sido envuelto en alambre de púas. Todas las camionetas tenían los accesorios de modo más o menos idéntico. También había motos y autos más chicos a los que se les habían sacado los vidrios y reemplazados por placas de metal con agujeros.

Se preguntó para qué serviría todo eso. Revisó la oficina. No había ningún papel, nada que dijera nada, sólo una Biblia abierta llena de párrafos subrayados. Pensó en llevársela pero no lo hizo. Salió por el ventanal y atravesó el patio de la casa. Cuando volvió a buscar el auto se dio cuenta de que lo estaba remolcando una grúa, seguida de un radiopatrulla de los pacos.

Caminó un par de cuadras hasta la Gran Avenida y miraba Santiago de noche: las calles sin peatones, los sitios baldíos, las torres nuevas con departamentos, la línea del Metro sobre las poblaciones.

Los letreros de los restaurantes chinos eran lo único que iluminaba ciertas

cuadras.

Pensó qué hacer.

* * *

Dos días después, robó otro auto —otro Yaris— y fue a Ñuñoa.

Miró la casa donde se habían metido alguna vez. Mientras esperaba se alimentó de completos y empanadas. Ella salía en auto casi todos los días rumbo a la desarmaduría.

Se fijó en los que manejaban. Recordó las siluetas de la casona de Curacaví. Armados. Los días en que no iba con ellos, iba a comprar cosas a un supermercado del barrio con un carrito. Casi nunca andaba sola. La acompañaban otras mujeres de blanco. Llenaban sus carritos y volvían.

La primera vez que salió sola, la siguió. Se metió al supermercado. Cuando estaba en la caja, la saludó. Ella lo reconoció.

No podemos hablar, le dijo. No te conozco.

No quiero hablar, le dijo, sólo quería verte. Me gustaba verte, le dijo. Me gustaba esa pega, le dijo.

Ella no respondió. Quiero verte, le dijo. Ella cerró los ojos. Le tomó la muñeca. Ella abrió los ojos y lo miró y salió corriendo. Un guardia del supermercado le preguntó qué pasaba.

* * *

Dos noches después, tres hombres se metieron en la pensión y le dieron una paliza.

Uno lo amordazó con un paño y los otros lo golpearon con lumas. Uno usaba además linchaco. Los tres llevaban pasamontañas. No hablaron. Ese silencio lo llenó de terror. Se meó de miedo. Le rompieron tres dientes y un párpado.

Le apagaron un cigarrillo en las bolas. Antes de irse lo sentaron en la cama y uno sacó una pistola y se la puso en la sien. La tuvo dos minutos. Los tres huevones lo miraron sin decir nada. Él estaba tan asustado que no podía gritar. Cuando el tipo bajó la pistola, se desplomó.

Ellos salieron, invisibles, tal y como habían llegado.

* * *

El silencio le pareció horroroso.

* * *

Con la boca hinchada, llamó a Vanessa, pero no le contestó. Se metió al baño, se lavó como pudo y se fue a la posta.

Esperó un par de horas para que lo atendieran. No lo hospitalizaron pero le cosieron el párpado y le dieron calmantes.

Le sacaron los pedazos que quedaban de los dientes rotos.

Cuando salió de ahí miró sobre la reja del hospital las fotos de un muchacho al que unos nazis habían dejado en coma. El muchacho tenía su edad y sonreía ante una cámara.

Compró en la calle un par de huevos duros y un café. Volvió a la pensión. Nadie se había dado cuenta de nada. Se acostó en el colchón manchado con sangre y se durmió. Los calmantes lo hicieron alucinar.

* * *

Soñó que la muchacha tenía una marca roja en el brazo donde él la había tocado.

Soñó que su madre volvía, que el cielo se ponía rojo.

Soñó que todo el metal de las camionetas era en realidad carne.

Soñó que Santiago estaba rodeado por un mar de color verde desde donde emergían monstruos marinos que tapaban el sol.

Lloró en sueños.

Cuando despertó tenía la boca hinchada y sangraba por las encías.

Llamó al Pepe. Él le cortó casi de inmediato. Le dijo que no le hablara más, que el Jeque le dijo que no trabajara con él.

Trató de levantarse pero no pudo, cayó al suelo.

Llamó a gritos a la dueña de la pensión y le contó que había tenido un accidente.

Ella le dijo que no se preocupara. Él cerró los ojos y esperó. Ella le trajo sopa de pollo y arroz.

* * *

Estuvo una semana postrado. Vanessa fue a verlo un par de veces y le dijo que huyeran al campo. Él supo que ella mentía, que sólo lo decía para consolarlo. Echó de menos el vértigo de robar un auto, el segundo antes de que la alarma sonara y ellos la acallaran.

Cuando los calmantes se acabaron, apareció el dolor. Cuando el dolor remitió, se vio al espejo por primera vez.

* * *

Su cara ya no era su cara: era la sombra del rostro de al

* * *

Una noche, la muchacha de blanco llegó a verlo.

Era tan sigilosa como los tipos de pasamontañas. Abrió la puerta de la pieza y se quedó parada ahí.

Él veía una película de monstruos: destruían una ciudad parecida a ésta. Él bajó el volumen, pero no apagó el televisor. Soy la mujer de otro hombre, dijo. Él se levantó y la abrazó. Dijo que no tendría que haber venido.

* * *

Le tomó la cara y la miró a los ojos. Se aferraría a esos ojos por el resto de su vida.

* * *

Se acostó con ella. No se sacaron la ropa. Ella le pidió que acabara adentro. Cuando terminó, se sintió vacío.

Ella permaneció silenciosa. Creyó escucharla llorar. En la televisión, una ola de fuego destruía un barrio completo. Lo hicieron de nuevo.

Le preguntó si quería quedarse. Ella dijo que no podía. Le preguntó si tenía miedo, si le iban a hacer algo por venir a verlo. No, dijo. No va a pasar nada.

Le contó que había entrado al galpón y había visto los autos.

Lo sabemos, dijo. Lo supimos de inmediato. Yo sabía que ibas a entrar. Se te notaba en la cara. No se lo dije a nadie. Se dieron cuenta porque la página de la Biblia que tomaste estaba cambiada. Los autos ya no están ahí.

Le preguntó qué significaba todo eso. La niña, dijo. La niña. ¿Qué niña?, dijo. La niña.

* * *

La niña, repitió.

Se llama Sandra y tiene doce años y nosotros somos sus familiares. Sandra es la hija de un ángel. Su madre es mi tía. Sandra sueña y nosotros cumplimos sus sueños. Fue concebida sin colaboración de varón. Nosotros vendimos nuestras tierras y nos vinimos acá porque ella lo dijo. Va a comenzar por acá. Ella lo soñó, dijo.

Sus visiones son nuestra realidad, nuestro futuro. Ella está viendo esto ahora. O quizás ya lo vio. O lo verá. Ella es un agujero negro que se va a tragar al mundo, que va a arrasar la tierra. Por eso seguimos con atención cada movimiento, cada gesto suyo. La niña es una diosa, una roca caída del cielo.

No podemos mirarla a los ojos porque nos lo prohibió. Anotamos y grabamos todo lo dice. Tenemos un libro. Ella resucitó a su madre. Le abrió el pecho con los dedos, tomó su corazón y lo hizo latir de nuevo. Yo lo vi. Ella no es mi sobrina. Ella es la hija del cielo. Todos la adoramos. Ella nos dijo que nos mudáramos a la ciudad y que vendiéramos todo y nos preparáramos para el fin del mundo. Ella nos pidió un ejército de máquinas para dominar la tierra cuando esta ciudad sea sólo ruinas y huesos secos. Ella nos ordenó que nos casáramos entre hermanos para mantener una línea de sangre pura. Ella dijo que todas las otras sangres están sucias. Ella nos habló del mundo sin tiempo que vendrá después y donde seremos los reyes de la tierra. Ella nos ha hecho invitar a gente a la casa y los ha ungido con vino y agua bendita y los ha declarado sus príncipes del futuro. Ella no me habla ni habla con nadie. A veces de su boca sale fuego. A veces nos azota. Nos cuenta cómo moriremos, nos dice cómo sobrevivir, cómo hay que pasar cuchillo al que se nos cruce y que somos los reyes del mundo. Nosotros le hacemos caso, dijo la muchacha de blanco. La hemos visto levitar y mirar en la oscuridad, hemos notado su voz dentro de nuestras cabezas, ordenándonos hacer cosas: sacrificar animales, marcarnos el estómago con vidrios quebrados, cortarnos la punta de la lengua con tijeras. Hemos matado niños que han nacido dentro de la casa y los hemos enterrado en el patio porque ella nos dijo. Las flores que crecen en nuestro jardín son rosas hechas de huesos. Ella se llama Sandra y es la reina de la tierra, la reina del mundo que será. Ella cabalga tempestades y habla con el fuego y su rostro flota en los emblemas pintados de las máquinas negras que dominarán las calles.

En esas máquinas negras, en esas camionetas viejas que tú robaste, habrá cabezas cortadas sobre el capó y cuerpos empalados sobre las cabinas, dijo.

* * *

Él se quedó mirándola, sentada en la cama, con el pelo

nes

de la película de monstruos.

¿Estás segura de que crees en todo eso que dijiste? Sí, dijo ella. No sé por qué estoy acá. Se quedaron en silencio. Trató de besarla pero ella no se dejó.

Tenía el estómago lleno de cicatrices. Él las tocó con un dedo pero ella se alejó.

Le preguntó si estaba casada. Dijo que con su hermano, que Sandra los había casado antes de que se vinieran a Santiago. En esa boda les dio otros nombres. La película comenzó de nuevo. Ella se levantó de la cama y se vistió. Lo besó en la frente y salió.

* * *

No repitió su nombre. Nunca supo cómo se llamaba.

* * *

Los segundos inmediatos luego de que se fue, pensó que era una aparición pero luego sintió su olor en las ropas de cama. Apagó el televisor y se levantó.

Tomó una mochila y metió un par de mudas de ropa. Le dejó una nota con un mes de arriendo a la dueña de la pensión y se marchó.

* * *

Se fue a la costa, solo. Empezó a robar autos en Viña, en Valparaíso. En 10 de Julio le quedaban un par de contactos. Hizo lo justo para vivir. Arrendó una casa en la playa, en Concón.

Llegó el invierno. La arena de la playa era negra. Vanessa fue a verlo un par de veces. La última vez dijo que se iba al norte, a Calama, que necesitaba más plata. Antes de irse, le preguntó si quería arrancarse con ella, que allá había trabajo. Se lo agradeció pero le dijo que no.

Le dijo: no puedo. Quiero pasar el invierno acá. Ella se marchó. El invierno

estuvo helado y tuvo un par de días de tormenta. Vivía con poco. El Pepe llamó un par de veces pero no le contestó. Dejó mensajes disculpándose.

Se borró unos meses.

Nunca más lo llamó de vuelta.

* * *

Vio una tormenta eléctrica desatarse sobre el mar.

* * *

Volvió a Santiago sin decirle a nadie. Hizo un par de trabajos discretos y comenzó a dormir en moteles baratos. Todos los días caminaba desde ahí hasta la Posta Central. El

En la calle quedaban las marcas de las velas de quienes habían rezado por él. Cuando veía esas marcas pensaba en la ciudad y el futuro de violencia que la muchacha de blanco le había relatado.

Camionetas negras cubiertas de cuerpos cortados deambulando por una ciudad muerta.

Fue a ver a su padre pero no lo encontró. Nadie lo veía hace rato. Sus hermanos no lo reconocieron: era el pariente perdido que vuelve a la casa.

Fue a San Miguel.

La bodega estaba pelada, no había nada. Se habían llevado los autos hacía meses.

* * *

Hizo guardia en la casona de Ñuñoa. Seguían ahí.

* * *

Los vigiló por semanas. La vio salir varias veces. Llevaba un parche en un

ojo. No se acercó.

Otra noche robó un Yaris y dio vueltas por Santiago. Cerca del Forestal, se estacionó y se puso a mirar el río. Vio sombras caminando en la ribera, hundiéndose bajo los puentes, en esas mismas caletas donde había dormido alguna vez.

El río reflejaba una luna roja que se descomponía con el curso del agua. Cada destello de la luna en la corriente era la pieza de un objeto mecánico irreconocible.

Se preguntó por el destino de todos los autos que había robado.

Pensó en ellos como si se tratase de una gran autopista bifurcada en múltiples direcciones y cómo en realidad eso podía ser el mapa de las arterias de un cuerpo y que el corazón de ese cuerpo era Santiago, y en ese corazón, en el

Se pasó la lengua por las encías cerradas donde alguna vez estuvieron sus dientes.

Manejó hasta una bomba de bencina y llenó el estanque. También compró un bidón con dos litros de parafina.

Se estacionó en un callejón oscuro cerca del Parque Bustamante.

Hizo dos bombas molotov.

* * *

Pensó en una entrevista imposible que nunca le harían: “¿Y no te importó que muriera alguien?”.

“No”.

* * *

De un teléfono público llamó a los pacos y dijo que en el caserón de Ñuñoa tenían a una niña secuestrada y que había cuerpos en el patio.

Calculó el tiempo. Manejó hasta la casa. Encendió una molotov y la tiró desde el asiento del piloto. Luego aceleró y lo estrelló contra el portón.

Escuchó gritos. Se bajó del auto. Todo fue rápido. Vio que el patio estaba lleno de virgencitas y ángeles de yeso. Lanzó la molotov que le quedaba contra el auto estrellado. Vio gente que salía de la casa en pijamas. Una mujer vieja protegía a una niña. Duró segundos. La niña era flaca y era idéntica a la muchacha de blanco.

Ella lo miró. No pasó nada. No se imaginó el futuro. Sólo vio una niña asustada. Una casa que se empieza a incendiar. Un auto que se quema. Salió corriendo. Nadie lo detuvo. A las dos cuabras, escuchó las sirenas de los pacos

* * *

un par de cervezas en un pub y luego se fue a una plaza a esperar que amaneciera. Después tomó el metro y se metió al terminal de buses.

Desayunó viendo la tele en el terminal. Las imágenes mostraban la casa de Ñuñoa. Los bomberos apagaron el fuego. Los periodistas hablaban de una secta. Alguien mencionaba el patio y unos cuerpos. Una vecina decía que pasaban cosas raras. Una mujer policía llevaba a la niña tapada con una manta.

Presentaban a la muchacha de blanco como su madre. Sintió un escalofrío.

Los otros miembros de la familia iban esposados.

Uno dijo que ellos eran los dueños del mundo y levantó los brazos y se quitó de las esposas. Un paco lo metió en el furgón a la fuerza.

Terminó el desayuno. Dejó de mirar el televisor. Se subió al bus. El bus

cruzó el peaje y luego el túnel Lo Prado. Cerró los ojos.

* * *

Soñó con una playa hecha de arena negra.

Muchacha nazi

Ahora pienso en eso: mis padres eran fanáticos de Adolf Hitler. No nazis sino que fetichistas de lo nazi. O sea que no tan pero tan nazis. Más bien miembros de un fan club hitleriano. ¿Qué hacían? Coleccionaban todo lo que tuviera que ver con él: estampitas, biografías, acuarelas, imágenes, recortes de periódicos, muñecos. Se habían conocido en una reunión de algún sindicato nacionalsocialista y luego, entre café y café, se habían dado cuenta de que el nazismo como política les importaba bien poco y que lo único atractivo de eso era Adolf, que era como llamaban cariñosamente al Führer. Mi padre era pintor de brocha gorda y mi madre profesora normalista. Yo era su hija única y lo que más recuerdo de la infancia es aquella casa pequeña que teníamos con las paredes llenas de fotos de Hitler que a ratos era nuestro ángel de la guarda. Un ángel que yo espero que esté aquí, en este momento insoportable, cuando tengo que remontarme a mis padres y a sus paredes saturadas de imágenes para, tal vez, echarles la culpa de todo por ese hobby estúpido con el que mataban las tardes y los días. Pero eran coherentes consigo mismos: papá y mamá votaban fijo a la derecha y apoyaron sin reservas el golpe del 73. Les caía bien Pinochet porque tenía los ojos claros. Ario. Más encima, eran católicos aunque también les gus

como soy: facha y católica y nazi: ese era el aire que aprendí a respirar desde siempre, aunque yo, que fui más inteligente que ellos, hubiera aprendido a despegarme de la silueta de Adolf en la pubertad compadeciéndolos por ese fanatismo medio ridículo, medio estúpido. Pero esto no tiene que ver con eso. Tiene que ver con que yo lo pasé mal, porque yo también era fea. Yo era gorda y fea y negra y nazi y lloraba por los pasillos cuando me llegaba la regla en el colegio porque me daba una depresión tremenda. Mi infancia fue idiota, mi

adolescencia fue terrible. Perdí la virginidad en una fiesta con un tipo borracho que nunca se aprendió mi nombre. Sangré pero la sangre siempre es buena. Eso lo decía Hitler en alguna parte y es pura verdad. Y yo digo la verdad casi siempre. Esa es una lección que aprendí bien chica. No mentir jamás. Ser honesta a riesgo de parecer patética. He tenido por eso una vida llena de miserias pequeñas y alegrías pequeñas. Lo que importa: cuando egresé de la media estudié para parvularia pero después me cambié a Alemán. Leí a Nietzsche. Un sabio. Él me enseñó a ser más fuerte de lo que era. Cuando les dije a mis padres que quería entrar a Alemán, en vez de reprenderme por haber perdido un año, a ellos se les llenaron los ojos de lágrimas de felicidad. ¿Por qué escogí Alemán? ¿Por qué hice lo que hice? ¿Por qué estoy aquí ahora? La razón real no se las dije: no quería pasarme el resto de mi vida oliendo a vómito de niño y Alemán era la única carrera a la que podía cambiarme a mitad de semestre por no sé qué lío interno de administración de la universidad. Suerte. Sincronía. Buena decisión: lo pasé bien ahí un par de años. Además, había una atmósfera cercana. Alemán era la única carrera con gente de derecha en un campus lleno de comunistas. Eso fue a fines de los 80. Algunos de mis compañeros eran del Opus o, lo que es peor, decían ser del Opus. Arribistas de mierda que en algún momento me empezaron a mirar raro. No sé por qué, a lo mejor se me salió en una conversación en el casino pero en algún momento mis compañeros se enteraron de que mis padres coleccionaban cosas de Hitler. Fui a algunas fiestas pero no pasó nada. Una mina se me insinuó pensando en que era lesbiana porque no me maquillaba y ocupaba el pelo corto. La rechacé de inmediato. Paulatinamente la gente dejó de hablarme. Como que me tenían miedo. Como que me volví invisible. Una vez dibujé una svástica en el baño y coloqué: “Comunistas mugrosos, los gasearía a todos”. Fue un impulso. Los impulsos te hacen fuerte. Eso dijo Adolf. Hay que confiar en la sangre. Alguna de mis compañeras reconoció la letra y se lo contó a los otros. Yo no era

nazinazi. La gente comenzó a alejarse más, si es que eso era posible. Al final de tercer año comía casi sola en el casino. Mis amigos eran un par de subnormales que habían sido conscriptos y que estudiaban por una beca que nunca me quedó clara. A lo mejor eran sapos de la policía. Unos sapos medio huevones, todos sabían que eran sapos. Eran días tristes. Lentos. Pero a mí me iba bien con las notas. Muy bien. El alemán es una lengua difícil que aprendí a domar lentamente hasta conocerla por completo. Me volví una buena traductora. Cuando egresé, postulé a un cargo de profesora ayudante y quedé. Nadie me pudo hacer la coloré.

A veces, antes de dormir, escuchaba a mis padres hablar en alemán y luego gemir en medio de latigazos que sonaban lejanos y apagados. Sabía desde siempre que tenían fetiches pero no me provocaba nada. Ni vergüenza ni pena. Nada de nada. Adolf también era así. Adolf siempre había estado ahí, en la casa, a la mano. Era su sombra la que se proyectaba en el sonido quebrado de los látigos. Adolf era un sujeto complejo, no una caricatura así que había que aceptar las cosas en su complejidad. Uno vence al destino cuando lo comprende. Dar el golpe justo en el

trata todo. Fue en esa época cuando se me acercó el Tito, que sabía que yo era medio nazi y me invitó a una de sus reuniones en un bar cerca de la estación de trenes. Fui. El Tito estudiaba Historia y usaba abrigos largos de cuero negro y llevaba el cráneo rapado. Sé que eres de los nuestros, me dijo. A veces nos juntamos. Ven a vernos, dijo. Y yo fui. Me tomé una cerveza con él y sus amigos mientras escuchaba sus planes para matar peruanos y establecer la dominación mundial. Supe que nunca llegarían a nada. A la salida, el Tito me invitó una cerveza en otro bar. Le acepté. Tenía fama de haberle sacado la cresta a un *lautaro* en un baño. Nadie lo pudo comprobar pero era un mito que se contaba. Ese día hablamos: el Tito me contó que su padre era paco y que lo

habían matado en un atentado. Que creía en esa cosa de las razas, la sangre aria y que Hitler posiblemente estuviera vivo en la Antártica o en Argentina. Le dije que eso era una estupidez, que Hitler había muerto en el búnker antes de que llegaran los rusos. No sé qué me dijo Tito pero luego me invitó a su casa a ver una película. Eran las doce de la noche. Tal vez él me gustaba pero no me acuerdo. Llamé a mis padres para decirles que no llegaría. Mi madre, por alguna razón que no comprendo, se puso a llorar. Corté. Me fui con Tito, que arrendaba una pieza en un caserón en ruinas en el centro. Cuando llegamos, Tito preparó té y puso la película. Era una cinta pornográfica ambientada al fin de la guerra. Le dije que esas cosas no me gustaban. Tito dijo que pensó que me podía interesar, que yo tenía cara de que me gustaban esas cosas. Le dije que no. Luego Tito subió el volumen de la tele en el preciso momento en que a una mujer le quemaban los pezones con una vela negra y se metió la mano en el pantalón. Yo me paré y me fui. En la micro de vuelta a casa, lloré. No hablé con Tito hasta un par de semanas más. Nunca fui a una reunión de nuevo. Tito me pidió disculpas y se las acepté pero nuestro lazo quedó roto. Un año después murió mi mamá de un ataque cerebral. Mi papá no lo soportó. En el funeral la despidió vestido de oficial de las *Schutzstaffeln*

Yo me titulé de profesora de Alemán. Me dediqué a cuidar de mi padre. Olvidé a los hombres. Me teñí el pelo aún más rubio. Comencé a trabajar en un colegio pero seguí conservando unas horitas en la universidad. Hice algunas traducciones: artículos de filosofía, papeles de aduana, capítulos de libros de ingeniería. Yo era seca. La profesora con la cual trabajaba en la facultad me quería y confiaba en mí y yo le retribuía esa confianza. Me hice conocida por mi diligencia: solucionaba líos administrativos rápidamente, me sabía al dedillo los reglamentos. Pronto se olvidaron de mi fama de nazi. Me hice amigas: empecé a salir con algunas colegas, profesoras jóvenes, solteras y divorciadas, a tomar tequilas después del trabajo. A veces íbamos a shows

femeninos: gritábamos por los vedetos hasta quedar con la garganta seca y el cuerpo lleno de sudor. Cuando llegaba a casa, mi padre se levantaba y me servía un té y hablábamos de mi mamá. Pero esos momentos de pena eran escasos. Un par de años después el decano me llamó y me ofreció una jornada completa. Dejé el colegio. No sentía ni amor ni odio por los niños. Tampoco alivio por dejarlos. Cumplí 33 años. La edad de Cristo. La edad en que Hitler consolidó su posición en el NSDAP y se convirtió en su único líder. Eso no es despreciable. Una edad que es sinónimo de madurez. Empecé a comprarme mejor ropa. Hice una dietaba

mi vida y todo iba bien hasta que me enamoré: Jorge tenía 64 años y era el director de una escuela para niños retardados en una población. La escuela funcionaba por aportes de una iglesia evangélica y del Estado. A veces la universidad hacía proyectos con su escuela. Una vez fui a supervisar uno. Jorge me atendió en su oficina. Me contó que era un militar retirado y que ahora se dedicaba al ne

a que un hermano suyo —un tipo rechoncho y con barba de rabino que me despreció inmediatamente, sólo con verrio

de Educación. Jorge se veía bien a su edad. Llevaba un bigotito impecablemente cortado y un traje gris que hacía destacar su tez morena. Hablaba como un caballero. Ese día me llevó a conocer las instalaciones del colegio que era, por cierto, un espectáculo perturbador: niños que gritaban sin parar o lloraban o se sorbían los mocos o saltaban sobre el barro mientras jugaban al fútbol. Estoy orgulloso de

—integrado por niños con Down o con problemas de retardo— iba a cantar en un encuentro evangélico en Ancud. Cuando dijo eso se emocionó y yo me

emocioné también. No soy una persona dura pero su gesto me conmovió. Dos días después me llamó a la universidad y me invitó a cenar. Acepté. Fuimos a un restaurante italiano. Ahí me contó que estaba divorciado y que no podía ver a sus

Le creí. Me dijo que yo le había gustado. Le dije lo mismo de vuelta. Esa noche terminamos en un motel cerca de una carretera al sur. Jorge tomaba Viagra. Lo recuerdo con claridad. Yo estaba medio borracha. No fue agradable pero tampoco tan malo. Llegué de vuelta a la casa a la una de la mañana. Si hubiera llevado un diario de vida habría anotado todo pero en vez de eso me limité a ver una película en VHS sobre la invasión alemana a París. En los días siguientes no le dije nada a nadie. Jorge me confesó su amor una decena de veces, en el mismo motel de siempre. Las cosas se ponían más divertidas. El Viagra ayudaba. Con algo de vergüenza, le conté a Jorge de mi vinculación con el mundo alemán, con Hitler y él, como militar, supo comprenderlo y utilizarlo en nuestra relación. Empezamos a ir a un motel de calle Marín, cuyas ventanas daban a la calle. Siempre ocupamos la misma pieza en el segundo piso. Esa pequeña habitación se convirtió en nuestro búnker: el lugar al que escapábamos para poner en práctica nuestras fantasías. Le enseñé a Jorge a hablar con un acento alemán que daba risa pero que servía para nuestros fines. A veces yo era una judía en las manos ansiosas de un oficial alemán; a veces él era un viejo soldado de la Wehrmacht que llegaba del frente y que recibía de mis senos el pago de los héroes; a veces colocábamos música en una pequeña radio portátil —casetes de marchas y baladas cantadas por mujeres tristes que han perdido a su marido en la guerra— y nos entregábamos a las fantasías para que esas escasas tres horas que duraba nuestra sesión en la pieza del motel fueran un viaje a un tiempo imposible. Como si el cuero, las velas encendidas, los látigos de punta de goma —cosas que había robado a hurtadillas del cajón de mi madre, pues eran reliquias para mi padre— no

fueran más que sistemas para atrapar nuestra verdadera personalidad, perdida por error en algún recodo de la historia y a la que sólo podíamos llegar siguiendo la senda más honesta o más terrible de todas: el camino de la piel. Duramos dos años. Hasta hoy. Hasta ahora. Hasta este momento. Nunca fui a la casa de Jorge. A veces llegué con llagas en la espalda, heridas que se me abrían en silencio en plena clase cuando tomaba

de un verbo. Pero aquel dolor era dulce y me hacía sentir que estaba viva. Mi padre se daba cuenta de que algo me pasaba. Algo bueno. En los escasos momentos en que no se do

traería a casa a ese novio mío invisible. Yo no decía nada. Los juegos con Jorge se volvían más complejos; cre

límites donde desaparecía todo lenguaje y sólo quedaba el vacío y las imágenes reflejadas de uno con el otro multiplicadas hasta infinito en medio del abismo. Eso era una vez por semana. O dos veces, si no nos alcanzaba el tiempo para una representación completa. Esas representaciones a veces tenían un status operático. Yo nunca lo llevé a mi casa. Con él yo podía ser nazi porque lo nazi era la única forma en que se revelaba mi verdadera personalidad. Mientras, comprendía de paso el amor que se profesaban mis padres entre sí y todo lo que Adolf representaba para ellos. Todo eso duró hasta hoy, hasta esta mañana, hasta hace una hora y media, hasta los gritos que estallaron en la calle en el mismo momento en que yo iba a marcarle a Jorge la runa de las SS con una gillette en el torso, mientras él cantaba con los ojos cerrados un himno que los pilotos de la Luftwaffe entonaban borrachos en los prostíbulos antes de subirse a sus máquinas para bombardear Londres. Un momento deliciosamente placentero para ambos hasta que entraron los gritos que interrumpieron nuestro ritual y Jorge se tuvo que sacar la venda y mirar

por la ventana y ver que había una multitud en la calle. Un gentío lanzaba

Gritaban el nombre de Jorge mientras levantaban carteles que no pudimos descifrar del todo hasta que prendimos el televisor y observamos en la pantalla a la periodista de un matinal en directo desde la calle cubriendo el hecho, la *funa* —así la llamaban— a un supuesto torturador. Vimos la transmisión desde ahí, congelados. Por un lado, Jorge con un corsé puesto, tapándose el rostro con la mano y mirando entre los dedos la pantalla mientras un tipo de barba, al que reconocí como un miembro de la federación comunista de mi universidad, decía que su objetivo era denunciar al director de un colegio que había sido sicario de la DINA, para acto seguido cortar a otro móvil en vivo con una señora mayor, gorda y algo poblacional —identificada como la mujer de Jorge— que defendía la inocencia de su marido a la vez que decía que era una equivocación, que él no había hecho nada. Y yo sentada en el suelo, desnuda salvo por las cadenas y los cinturones de cuero, con los labios rojos y el rímel corrido y la piel de gallina y una estúpida gorra de oficial de infantería en la cabeza; con los ojos abiertos y sin lágrimas, en silencio y pensando en el karma instantáneo, pensando en qué clase de desastre se había convertido mi vida, en qué mierda dirían Adolf y mi madre de estar vivos y viéndome así, sola como una rata y con un agujero rojo bien abierto en el lugar donde estuvo alguna vez el corazón.

Pozo

Soñé con Hans Pozo y el abismo de Hans Pozo. Fue antes de que lo descuartizaran, antes de que supiera que se llamaba así.

* * *

No sabía que era él.

* * *

Fue antes de que alguien me mandara por correo electrónico la foto de la cabeza cortada.

* * *

Soñé con él antes de que sucediera cualquier desgracia, en uno de esos momentos de calma en que el agua que hay tras las paredes del sueño se mueve imperceptiblemente, si se llega a mirar con cuidado.

* * *

A veces me pasa: sueño lo que sueña la ciudad; visiones se me aparecen congeladas en el blanco del ojo como naves de guerra muertas, flotando en un mar de humor vítreo. Imágenes y fragmentos de películas dispersas que no puedo procesar, que simplemente anoto en cuadernos como si fueran diarios alucinados, listas de supermercado hechas con profecías por cumplir. A veces las dibujo: proyecto luces y sombras sobre el papel y pinto stencils que dejo en las murallas del centro. Así, le devuelvo a la ciudad que me envía.

La ciudad está viva; respira como un animal de muchas cabezas y garras y corazones y pulmones y pelos. La ciudad es un reptil enfermo que transmite las imágenes de su agonía prolongada. Lo que yo hago es vudú para sanarla. Lo he hecho por años; no sé si funciona.

No sé si la ciudad sana.

* * *

No sé si la ciudad sana: descubrirlo requeriría de una novela.

* * *

Con Hans Pozo fue así. Empecé a soñar con su cabeza. Empecé a soñar una y otra vez con sus ojos abiertos mirando la nada, con su boca convertida en el abismo de una sonrisa abierta a costa de cuchillazos, con esas heridas insoportables en su piel lacerada. Empecé a soñar como si fuera un videoclip del infierno, una maqueta de un film de terror barato donde aparece un decorado vacío lleno mangueras de agua y cubos con trapos húmedos de sangre. Soñé con esa cabeza cortada y muda que no podía gritar, que quería decirme algo. Soñé una y otra vez. Soñé dentro del mismo sueño lo mismo: imágenes abiertas, fragmentos de un cuerpo que buscaban cómo acoplarse y recordar su propia lengua.

Todo para hablar con alguien.

Todo para contarme una historia.

* * *

El día iba a aclararse una vez que dieran con el descuartizador. O tal vez no. La imagen de la cabeza cortada ya daba vueltas por internet. Esa cabeza tenía o no tenía que ver con la mía. Tenía o no tenía que ver con el stencil que estaba listo y que empecé a pintar en distintas partes de la ciudad por esos días. Lo hice por lo menos treinta veces.

* * *

Cuando dejó de repetirse, encontraron la cabeza.

* * *

Lo soñé.

Lo vi en la televisión, lo escuché en la radio, lo leí en los diarios.

Lo soñé.

Siempre fue más nítido ahí.

Encontraron los otros miembros del cuerpo de Hans Pozo como un rompecabezas que se iba desarmando. Un puzzle de sangre. Yo dibujé la cabeza antes de verla. Dibujé la cabeza en mi libreta de croquis una y otra vez para tratar de establecer sus rasgos. Pero se me escapaban, se disparaban en un mapa de líneas que no llevaban a ninguna parte, se perdían en el blanco de una página que era como una mortaja.

Un sudario.

Me demoré. Cuando lo logré ya estaban encontrando otros pedazos del cuerpo.

* * *

La ciudad me había enviado una señal pero yo no había alcanzado a atraparla.

* * *

Así que contemplé la lista de los hechos mientras jugaba con las líneas de aquella cabeza sobre la aspereza del papel blanco, cincelandó la imagen para dejarla más clara, para volverla inconfundible. De este modo, por cada fragmento del cuerpo de Hans Pozo que aparecía, yo lograba algo más de nitidez y precisión. Por cada avance que la policía hacía para cercar al descuartizador, la cara de Hans Pozo se me volvía más nítida, más detallada, más real o terrible.

* * *

Dieron con el asesino. Era el dueño de una fábrica de helados de una comuna que quedaba en el borde de Santiago.

* * *

Cuando por fin dieron con el heladero, éste se suicidó.

Esa noche miré las noticias que relataban su muerte mientras, sobre una radiografía del cráneo de una desconocida que me había regalado un amigo, cortaba con un bisturí los espacios vacíos por donde proyectaría la pintura fluorescente. A esas alturas ya sabíamos que Hans Pozo se llamaba Hans Pozo, que tenía nombre, que había una biografía detrás de esos fragmentos. A esas alturas, ya sabía también que, aunque el asesino se suicidara, nada se resolvería.

Cuando por fin dieron con el heladero mi stencil estaba listo.

* * *

POZO, con mayúsculas, decía bajo la imagen: una calavera iluminada con luz negra.

* * *

Usé pintura blanca.

Y negra.

Y plateada.

Y roja.

Sobre todo: roja.

Buscaba esquinas visibles del centro, me demoraba unos segundos, a lo más medio minuto. Vestía de oficinista, de cuello y corbata mientras lo hacía. Desaparecía en la multitud. No era nadie. No tenía horario fijo. Simplemente despachaba la imagen y desaparecía. A veces volvía y la fotografiaba. A esas

alturas, el crimen ya estaba en boca de todos. Hans Pozo había dejado de ser una víctima sin nombre para convertirse en metáfora de algo: una pulsión erótica del cemento, una porción de la ciudad que no habíamos querido ver. Un pedazo macabro de nuestra miseria local. El stencil recordaba eso. Que había sido asesinado en una trama oscura de la que todos éramos parte.

* * *

El heladero tampoco tenía una identidad, también era anónimo: era funcionario municipal, militante de un partido de derecha, padre y esposo perfecto. Manejaba armas, mató a Hans Pozo porque se acostaba con él. Hans Pozo se

El asesino escribió una carta larguísima de despedida, chándolo con mierda.

* * *

Él y Hans Pozo estaban muertos.

* * *

La ciudad padecía el otoño como si fuera una peste con la de entidad porosa que traga a sus habitantes. Ese otoño encontraron a Hans Pozo. Ese otoño yo dibujé el stencil y lo pinté en los muros de la ciudad como una pregunta no resuelta. Ese otoño una inmobiliaria intentó que la municipalidad de Santiago internara en un psiquiátrico a un vagabundo vestido de mujer de calle Lastarria.

* * *

ba

el origen de los desórdenes del mundo. No duró mucho internado. No estaba loco. Lo soltaron. Volvió a la calle. El vagabundo tenía un carro de supermercado y una máquina de escribir. Hans Pozo no tenía nada. Tenía ansiedad, miedo, angustia. Al fin, también se estrelló con la violencia.

Ese otoño tomé una micro y fui a Puente Alto, la comuna donde Hans Pozo y el heladero vivían. La comuna donde el heladero descuartizó a Hans Pozo. No llevé los stencils. Me disfracé de hombre invisible. Visité los lugares donde encontraron los fragmentos de su cuerpo. Construían una carretera ahí. Los miembros cortados aparecieron en el borde. Más acá estaban las casas y las poblaciones. Más

tiago.

Ahí fueron a dejar los pedazos. Un puzzle macabro. Un puzzle sin sentido. El heladero lo descuartizó y luego lo fue dejando ahí, en esa carretera que aún no estaba terminada. En cada lugar donde apareció una mano o un pie, los vecinos pusieron una animita. Hans Pozo se volvió milagroso. Vi las animitas. Una era pobrísima: una calamina sostenida con ladrillos, agua bendita en botellas de

en el suelo, restos de velas. La otra era mejor, más cuidada. Quedaba en un paso bajo nivel, al lado de unos graffitis de hip hop. La animita estaba creciendo mientras devoraba la pared, llena de peticiones. El muchacho muerto se estaba convirtiendo en un santo y había flores y velas y estampitas y recuerdos. Todo al lado de la autopista, como un modo de acercar la ciudad a sí misma. Todo al lado del sonido de los camiones, al lado de ese camino inconcluso que aún no llevaba a ninguna parte. Viendo esas animitas pensé en

cómo todo estaba conectado, en cómo Santiago era una ciudad mágica que poseía para sí conjuros perversos pero también hechizos de sanación, algo que estaba hecho de sangre. Las animitas al lado de esa incipiente carretera eran uno de esos hechizos: una manera en que la ciudadanía aprendía a revertir el horror, a comprenderlo, a modularlo. Las animitas eran un sistema de sangre en el cual los ciudadanos comprendían y aceptaban no sólo el crimen sino también la irrupción de ese camino ahí, en las cercanías, con los autos fantasmas que vendrían a toda velocidad desde el futuro, como avisos de que todo iba a cambiar pronto y para siempre.

* * *

La imagen que stencileé de Hans Pozo hurgaba en eso, su cara era ahora un boceto, un rostro como la letra oculta de un alfabeto que no se podía pronunciar. No hay historia

* * *

Los stencils quedaron ahí por meses. Los borró la lluvia del invierno, las demoliciones, la pintura blanca de los dueños de los locales. Lo que demoraba en desaparecer la pintura equivalía al tiempo en que dejábamos de recordar el crimen. Lo que demoraba en desaparecer la pintura equivalía al tiempo en que se empezaba a terminar la carretera, al tiempo en que los milagros comenzaban a menguar. Lo que demoraba en desaparecer la pintura equivalía al tiempo en que aprendíamos a olvidar a Hans Pozo.

* * *

Pero no lo olvidamos.

A veces la ciudad me envía imágenes. A veces yo se las devuelvo. La luz que se proyecta en la ciudad en otoño es curva y está sucia. En el stencil de

Hans Pozo tal vez estaba trazando un mapa. La ciudad me daba ese mapa. Todas las líneas llevaban el rostro de la víctima: un rostro imaginario que ahora es sólo un recuerdo del que no debemos despegarnos jamás.

El futuro y el pasado son viscosos; imágenes de horror, los pedazos de una canción que se desarma.

* * *

La ciudad me había enviado ahí.

Las líneas del stencil eran un mapa secreto para llegar a aquel lugar.

El campo, lo que venía después, era un precipicio.

Noize

Lo que pasó, pasó hace mucho tiempo.

Fue antes de ese fin del mundo que no llegó.

Mucho antes del fin del mundo que sí llegó.

Mi madre dejó a mi padre y se fue a Argentina y nos quedamos solos en ese departamento cerca de la Plaza Ñuñoa.

Yo tenía 14 y aún no salía de la básica.

A veces daba vueltas con los skaters de Bustamante.

Algunos eran mis amigos.

Nos metíamos a los patios de edificios vacíos y buscábamos rampas y ellos hacían lo suyo.

Yo bebía pisco con jugo en polvo, las cosas que te tomas a los 14 años.

Miraba.

Lo vomitaba todo antes de volver a mi casa.

Mi padre no se daba cuenta.

Mi generación está hecha de eso, de padres que no se dan cuenta, de voces que nunca entendimos porque parecían mal sintonizadas.

No me pasaba a mí nomás.

Le pasaba a mis amigos que se pelaban las rodillas y se rompían los huesos para sentir algo.

Algunos trataban de hablar de eso pero no podían.

Había algo que los superaba.

El abandono a la fuerza de la gravedad, el sentido del cuerpo movido por un fantasma que estaba más allá de ellos.

Doblarse.

Romperse en pedazos.

Volverse de paja.

Volverse ruido.

La ciudad estaba vacía para nosotros.

Nadie nos veía, éramos invisibles.

Éramos fantasmas dando vueltas por los parques y monumentos, por las plazas abandonadas, por las piletas sin agua; nos hacíamos tatuajes entre nosotros; nos trezábamos en peleas; nuestras armas eran las tablas.

Nuestras armas eran los puños desnudos, los cinturones, las piedras y los palos. Santiago era una ciudad despoblada a la hora que salíamos a la calle, un lugar vacío.

A nadie le importábamos; mi padre tenía sus propios problemas: tomaba antidepresivos, le iba mal con las minas, no sabía comunicarse; mi madre me enviaba mensajes de lejos, que huyera de ahí, que la fuera ver a Buenos Aires.

Yo no quería.

Argentina me parecía un país viejo, un hogar de ancianos.

Me gustaba el aire sucio y sin memoria de Santiago: la sensación inminente de que todo estaba sujeto a una demolición y no había nada que hacer.

Tenía fama de silencioso.

Había decidido no bailar.

Había decidido quedarme en el rincón oscuro de las fiestas.

Había decidido perderme con mis amigos en una ciudad que se inventaba mientras avanzaba con ella.

Ahora he pensado en eso.

El mapa de aquella ciudad no era físico: un Santiago de parques vacíos sostenía la respiración esperando una bomba nuclear que nunca llegó, hecho de monumentos a héroes que nadie recordaba.

silenciosa, hecha de sombras y de edificios

viejos, de casas donde podías ver el reflejo de la luz de los televisores en los techos de las piezas.

Era como el movimiento de la vida.

En esa ciudad seca.

En esa ciudad tan sola.

Uno de nosotros llevaba una libreta y dibujaba lo que hacíamos: bocetos de gente saltando entre los bancos de las plazas, en los bordes de las piletas.

Recuerdo las líneas porque ese muchacho tampoco sabía subirse a una tabla.

Llevaba sus croqueras en la mochila y nos quedábamos viendo cómo los otros se caían.

El dibujante.

Me acuerdo de su trazo en esa época: las líneas que aparentaban el movimiento, el deseo de capturar lo que estaba en el aire.

Sobre esas siluetas que podían estar en llamas se veían las sombras de los edificios de Santiago, el cemento gris de los viejos balcones del parque, las rejas que daban al río, el silencio de los departamentos vacíos ilustrados como manchas negras en las hojas blancas.

Dibujaba mientras nosotros bebíamos.

A veces tenía un personal estéreo puesto en los oídos. Dibujaba encorvado en el suelo.

Era pequeño.

Parecía un niño.

Alguien me dijo que no estudiaba.

Que en realidad tenía veinte años y que sufría una enfermedad rara.

Puede que eso haya sido mentira.

Era hermano de uno de los skaters, un tipo grande con el que apenas hablaba.

No me acuerdo cómo se llamaba pero el dibujante siempre había estado ahí,

incluso antes de que su hermano viniera.

Era una sombra.

Como era mayor, lo mandábamos a comprar cerveza o ron al supermercado.

Cuando su hermano se subía a una micro y volvía a su casa, él se quedaba con nosotros.

Alojaba donde los amigos o andaba solo por el centro.

Hablamos pocas veces.

Pero él fue quien nos llevó a esa fiesta.

Quedaba en un caserón de la avenida Matta.

Ahí vivían unos estudiantes de arte.

La casa estaba en ruinas.

En algunas habitaciones no había puertas.

Los baños eran un asco.

El único mobiliario eran colchones y esas mesas de plástico que siempre estaban en las terrazas de las fuentes de soda.

Las paredes estaban descascaradas.

Alguien había arrancado el papel mural.

Alguien había pegado diarios viejos y pintado encima.

Alguien había rodeado con un plumón rojo las manchas de moho en los muros como si fueran los síntomas de una enfermedad.

Nadie había encerado en meses, en años.

El piso tenía agujeros.

En algunas esquinas estaban apilados los tarros y las botellas de plástico cortadas que servían para contener el agua de las goteras.

El lugar, que había sido un palacio, parecía una zona de guerra.

El dibujante se quedaba ahí algunos días.

Los estudiantes de arte estaban colgados a la red eléctrica y el suministro de agua y gas iba y venía.

Algunos ni siquiera estudiaban.

Los trabajos que estaban a la vista parecían desechos: graffitis pornográficos en algunos de los muros, esculturas de basura que remedaban la pasión de Cristo, cuadros donde alguien había abierto a cuchillazos el lienzo.

Pero ahí era la fiesta y yo estaba borracho.

Alguien le había echado pastillas al vino.

Me temblaban las piernas.

Babeaba, hablaba incoherencias.

Daba vueltas entre las piezas, alucinaba.

Me topaba con mis amigos que caminaban igual que yo.

Uno estaba en el suelo, con el tobillo destruido: había intentado saltar sobre un sillón pero calculó mal; gritaba; la gente pasaba a su lado y le daba más de ese vino.

No sé cuánto duró.

No sé a qué hora llegamos y a qué hora nos largamos.

No sé por qué fuimos a esa fiesta.

Me topé con el chico de los dibujos varias veces durante la noche.

Por momentos pensé que estaba muerto.

No creo que a esas alturas hubiéramos conversado mucho con el dibujante.

Yo era un satélite más de la pandilla, alguien accesorio. Pero esa noche, en el palacio arruinado de calle Matta, hablamos.

La conversación se dio en fragmentos.

El orden no lo tengo claro.

No recuerdo su voz.

Ha pasado mucho tiempo y de eso me he dado cuenta, de que olvido las voces, de que en la memoria todos se van quedando más o menos mudos, que lo que recuerdo es el eco de sus voces, la idea de cómo sonaban las voces.

Un eco que se desfigura porque es un eco que en realidad es un sonido mínimo, apenas un gemido, un latido que se pierde en un pasillo.

Quiero imaginar ahora la voz del dibujante.

Quiero pensar en esa voz como una línea quebrada que atravesaba el aire, como algo que quedó pegado a las paredes de esa casa.

Los fragmentos, los destellos.

Me contó que estaba enfermo, que si se abría el pecho su piel se descascaraba, que estaba lleno de llagas. Me dijo que su madre se había suicidado y su padre los había abandonado.

Me dijo que un tío había abusado de él, que soñaba en el futuro volver a matarlo.

Me dijo que no recordaba sus sueños, que despertaba siempre con la boca seca, que sabía que bajo la piel, entremedio de sus órganos, había un animal agazapado.

Me dijo que deseó castrarse, que soñaba con un futuro donde todos fuéramos iguales, todos con el bajo vientre to
previo al fin del universo.

Me dijo que tenía una polola: una escolar con la que se acostaba en el parque.

Me dijo que se iba a morir pronto, que sabía que su piel se iba a abrir y algo iba a emerger, que su único deseo era saber en qué se iba a convertir su cuerpo cuando él ya no estuviera ahí.

Me dijo que en esa casa vivían sus amigos.

Que lo dejaban dormir en los rincones, que la puerta de la casa ni siquiera tenía cerradura.

Me dijo que a ellos les iba a dejar sus dibujos, que cuando muriera la casa iba a estar llena de sus bocetos, que iban a convertirse en el tapiz de las murallas.

Que se los había encargado a un amigo suyo, que era una especie de testamento para cuando su cuerpo se doblara sobre sí mismo, cerrando el aire entre las carnes.

Eso me dijo.

Me mostró un televisor y me dijo están ahí.

Ya llegaron, ya están con nosotros.

No nos invadieron.

Se fueron a vivir adentro del éter.

Me dijo: vinieron de otro lado y se metieron ahí.

Son una sombra tras los sets, tomaron forma de las letras eléctricas del noticiario, se convirtieron en la capa de piel del maquillaje de las actrices.

Supieron volverse color, plagiar los movimientos.

Se convirtieron en ficción.

Como no podían dominar nuestros cuerpos, se tuvieron que meter en nuestros sueños.

Construyeron un universo completo ahí, en las
panta
universo de superficies.

Ellos vieron la profundidad ahí.

Vieron que podían quedarse en el aire sin bajar a la tierra, que lo que iba a sobrevivir de este planeta no era la carne ni la sangre, no era la materia sino la nube de sombras que cubre el aire; se dieron cuenta de que no importaba lo físico.

Lo que valía la pena era la gestualidad de ese planeta paralelo que funcionaba como una marea eléctrica, como un mar de ondas en el espacio.

Que esos eran nuestros huesos y a ellos podían aferrarse para conquistarnos.

El dibujante me dijo, mientras yo avanzaba bebiendo vino mezclado con anfetaminas, que habían empezado a edificar ahí su imperio. Que estaban borrando conceptos, que estaban mejorando ideas.

Las películas que emitían no eran las mismas que se habían grabado, que

cada ficción, cada imagen, cada destello catódico era sometido a revisión, sometido a cambios.

Nada iba a ser igual en el futuro porque el futuro no iba a estar fabricado con hechos puntuales sino con esa reelaboración constante de nuestros propias ficciones.

con las máscaras de nuestras imágenes habitando en ellas hasta el fin del tiempo, dándoles un sentido que para nosotros es desconocido, cambiando el lenguaje y los modales, confundiendo la profundidad de campo y las perspectivas, haciendo del éter una dimensión paralela, una zona fantasma, un memorial mutante que pierde paulatinamente su sentido.

Dijo eso y yo no entendí.

Me mostró un televisor encendido.

Una tele Antú.

Me acuerdo con nitidez de esa tele.

Mira, dijo.

En la tele no había nada.

Si escuchas con atención puedes ver a alguien hablando desde el más allá.

Puedes escuchar las voces que están siendo manipuladas y cómo lo que era una canción de amor se transforma ahora en unos gritos de suplicio, en las voces de un lenguaje que ya no es tal, que no dice nada, que es solo el sonido de los

Miré.

No vi nada.

Luego me llevó a otra pieza. Allí había una banda tocando.

Tres tipos raquíuticos y una muchacha que cantaba.

Ella estaba rapada.

El baterista se había tatuado la cara.

Un tipo de pelo largo, otro que tenía una máscara.

Recuerdo el sonido.

Recuerdo el ruido.

Recuerdo que me metí al pogo, que salté y bailé sobre los otros cuerpos, que le di una patada al dibujante y él cayó al suelo y le salía sangre de nariz y me acerqué y le pedí disculpas pero él me corrió y yo vi a la banda y la muchacha rapada que hablaba de quitarse el rostro, de arrancarse la piel con una navaja, de vivir como carne viva y me dolió el estómago y vomité sobre el dibujante y luego alguien me sacó de ahí y antes de irme vi como la mano del dibujante indicaba a la muchacha, que seguía gritando sobre perder el rostro, y pensé que esa sería la música venida desde el fondo del éter, desde el abismo de los televisores muertos, desde el mundo del futuro donde no habrá huesos sino imágenes rotas.

Perdí el conocimiento.

Lo recuperé en una micro rumbo a Ñuñoa.

Alguien trataba de robarme, pero yo no tenía nada en los bolsillos.

Le dije eso al ladrón y me dejó en paz.

Cuando llegué a la casa, vomité sangre.

Mi padre no se dio cuenta.

Me quedé en la pieza todo el día, alucinando con la muchacha que cantaba.

La resaca fue la peor que he tenido en mi vida.

Traté de ver televisión pero no pude.

Traté de comer y sentí una cuchillada en la tripas.

Mi padre salió después de almuerzo a ver a una polola que tenía. Le pedí que trajera comida china en la noche.

Cuando llegó, la comida estaba fría.

Me contó que se había peleado con su polola; ella quería algo más serio.

Yo no la conocía.

Le dije que por mí no había problema.

Asintió y sacó una cerveza del refrigerador.

Sirvió dos vasos.

El olor me provocó arcadas.

Fui al baño pero no vomité nada.

Cuando volví a la cocina, él preguntó qué me pasaba.

Le hablé de la fiesta.

No tenía sentido esconder nada.

No le hablé de la muchacha rapada ni de las canciones.

Le conté de la enfermedad del dibujante: que se moría.

Le hablé de los retratos que hacía en la cancha de skate.

Mi padre trató de abrazarme pero le dije que estaba bien, que no pasaba nada.

Luego me fui a acostar.

Dormí con el televisor encendido.

No recuerdo haber soñado nada.

Al día siguiente fui al parque antes de que atardeciera.

En la pista no había nadie.

Por alguna razón estaba vacía.

Me quedé ahí, sentado en el borde, un par de horas, con el personal estéreo puesto, escuchando en la radio un

Cuando me iba, apareció el dibujante.

Tenía un ojo morado.

Se sentó a mi lado, le pedí disculpas, las aceptó, le pregunté si yo le había dejado el ojo así.

Me dijo que no, que eso había sido después.

Dijo, además, que sabía que yo iba a estar ahí, en el parque.

Le pregunté cómo.

Me dijo que simplemente lo sabía.

Luego me pidió un favor.

Sólo si puedes hacerlo.

Le dije que sí, que daba lo mismo.

Me dijo que se iba a internar al día siguiente en un hospital y que quería que yo le guardara algo; en realidad que yo le guardara algo para pasárselo a alguien.

Acepté.

Volvimos caminando al palacio en ruinas de avenida Matta.

El dibujante abrió la puerta de una patada.

Subimos a su habitación.

Yo no sabía que ahora vivía ahí.

La casa estaba a oscuras. Olía pésimo, a fruta podrida, a ratón muerto.

Mientras acompañaba al dibujante a buscar algo en su habitación, recorría esos pasillos oscuros sin miedo, iluminado tan solo por las velas y las sombras móviles provocadas por las luces de los autos; se filtraban desde la calle y coloreaban aleatoriamente el papel tapiz lleno de graffitis.

El dibujante caminaba delante, con una vela en la mano. Desde donde yo lo veía, lo notaba más pequeño, más encogido.

Ella me diría después que siempre creyó que le estaba creciendo un agujero negro dentro; que su propio cuerpo se lo estaba tragando hacia un lugar indeterminado, que lo que había más allá era algo impreciso, quizás el lugar donde el dibujante debía estar: las habitaciones de las mansiones del otro lado del espejo, la materia rugosa detrás de la superficie de las cosas, las planicies de átomos sin nombre que nunca veremos.

Puede ser.

Yo veía esa sombra caminar adelante y pensaba que se encogía, que cuando se apagara la vela no iba a haber nada más allá; por eso me sorprendió cuando entramos a su pieza.

Ahí estaba todo ordenado: la cama hecha, la ropa doblada sobre una silla rota, una mesa de dibujo construida con un puerta defenestrada y unos caballetes.

El dibujante prendió varias velas y pidió que me sentara en la cama.

Me quedé de pie.

Miré por la ventana la avenida; en el bandejón central había solo pasto muerto y desperdicios.

El sendero de viejos adoquines era interrumpido por parches de cemento roto.

Había una historia de la ciudad ahí, las capas geológicas de nuestro universo, las huellas fósiles de nuestra presencia en el valle.

Creo que se lo dije al dibujante; no me respondió.

Hurgaba en una caja.

Lo que encontró ahí fueron varios de esos blocks que llevaba siempre cuando íbamos al parque. Los metió todos en una bolsa y me los pasó.

Quiero que se los des a ella, me dijo.

¿A quién?

A ella, a la mina que cantaba.

Guárdalos y se los pasas a ella cuando tengas la oportunidad.

Yo asentí.

Se puso de pie y me dio la mano.

Gracias.

Fue la última vez que fui al palacio.

El dibujante me dejó en la puerta y volvió adentro.

(En el futuro, los dueños del edificio ordenarían desalojar todo y demoler el lugar para construir una bodega.

Alguien me contaría que los residentes simplemente llenarían un par de mochilas con lo esencial para irse con lo puesto.

Cuando vinieran las máquinas destrozarían las paredes y partirían las vigas

sin pensarlo. Todo lo que la casa guardaba se perdería.

Sus habitantes mirarían desde fuera sin perderse detalle, mudos, fumando en la vereda, tapándose los oídos en los momentos de mayor estruendo.

Alguien les haría una foto. Se verían pálidos e insomnes, apoyados en la cortina metálica de una tienda de muebles cerrada. Todos con sus pertenencias en el suelo.

A esas alturas, yo me habría mudado con ella y el dibujante estaría muerto.

A esas alturas, pensaría en el ruido que emiten los pedazos del cuerpo al romperse y al volverse a unir).

Nunca más visitaría el palacio.

Siempre me parecería un error o una equivocación, una fractura espacio-temporal, una especie de velo que tapaba el fantasma del palacio.

Pero eso sería años después, cuando ya no hubiera nada ahí, cuando ella me contara que al día siguiente de que el dibujante se fuera al hospital, alguien se metió a su pieza y sacó sus cosas y las dejó en la calle.

Así era el palacio.

Lo echaron.

Alguien ocupó su lugar.

No habían espacios vacíos en la casa.

Pero eso no lo sabía en ese momento, cuando me fui de vuelta a la casa con la bolsa en la mano.

Una vez que llegué, saludé a mi padre y me encerré en la pieza.

Hojeé un poco las libretas y los blocks pero no me pareció ver nada ahí, apenas los bocetos del tiempo suspendido que pasábamos en la pista, los rostros irregulares de los conocidos.

Nada más.

Nada menos.

Volví a meterlos en la bolsa y los dejé bajo la cama.

En los días siguientes vi a mis amigos de nuevo; recuperamos la rutina: el

parque, las escalinatas de los edificios, la calle.

Algunos echaron de menos al dibujante; su presencia era un lazo invisible, un color que ordenaba el paisaje.

No dije que lo había visto el día antes de que se internara.

Su hermano no nos contaba mucho.

Está estable, tiene controlados los dolores, se la pasa viendo televisión.

Un día lo fuimos a ver.

Nos pasamos del parque al hospital.

Estaba en una sala común, le habían rapado la cabeza, parecía más demacrado que de costumbre.

Nos dijo que la comida no era tan mala y que lo dejaban ver televisión hasta tarde.

Habló de un paciente que dormía en la cama del lado que se acostaba con una enfermera en la escalera de incendio; a veces la enfermera venía y lo masturbaba; a veces, caminaban lentamente y se perdían por los pasillos.

Cuando nos contaba eso, entró la enfermera: supo de inmediato que hablábamos de ella y nos miró con odio.

Eso fue todo.

Nos fuimos con la promesa de volver pronto.

Afuera, en una calle de San Miguel, camino al metro, hablamos de lo bien que estaba, de que se veía mejor, de que bueno que era que lo cuidaran.

Nos olvidamos de él.

En realidad, lo fingimos.

Fingimos echar de menos su presencia en las gradas, en las caminatas a comprar pisco o ron al supermercado, en la conversación idiota de todos los días.

A esas alturas, yo casi había olvidado los cuadernos y las libretas, como a la muchacha rapada, su canción y el palacio en ruinas.

Mi padre me presentó a su polola. La llevó a comer a casa, me cayó bien;

ellos bebieron cerveza y vimos una película.

Ella se quedó a dormir. Yo no puse problemas.

No le conté a mi madre que mi padre se había emparejado de nuevo.

Hablábamos por mail.

Todo pareció volverse más tranquilo, todo pareció sosearse.

Cumplí 16.

Me hice un tatuaje: el dibujo de un esqueleto que bailaba y que llevaba una copa de Martini en la mano.

La imagen estaba sacada de la portada de un *bootleg* de Social Distortion, aunque ella me diría después que se trataba de una imagen de un grabador de la época de la revo

Me lo hizo un amigo con una máquina artesanal.

Estábamos borrachos.

La máquina estaba hecha con el motor de un auto de juguete; la tinta era negra y con los años se puso verde, se hundió en la piel, las líneas se volvieron más borrosas, como si en vez de bailar, la imagen estuviera sumergida en una piscina.

No me dolió.

Mi amigo había aprendido de otro amigo a hacer tatuajes; ese conocimiento era nuestro legado secreto.

La muchacha con la que perdí la virginidad me preguntó qué significaba.

No supe decirle.

Me gustaba nomás.

No tenía por qué significar nada.

Mi piel era igual a la de todos.

Ella era de las muchachas que iban al parque.

Nos acostamos en una fiesta en La Reina donde alguien había puesto en el patio guirnalda de papel y globos de cumpleaños.

Tratamos de tener algo pero no resultó.

Nos peleamos.

Luego ella empezó a salir con un amigo y yo lo acepté.

Me sentía duro, me sentía solo, me sentía como alguien que tiene demasiadas cicatrices en el cuerpo.

Pero en realidad no era nada: solo los aspavientos de una vida que se finge, de un drama que no está ahí.

A veces, cuando ordenaba la habitación, sacaba la bolsa de las libretas y les limpiaba el polvo.

No las miraba mucho: registraban una vida que ya no baros a los que me había acostumbrado.

Así que las hojeaba y las guardaba de nuevo y seguía adelante.

El hermano del dibujante no hablaba de él.

Decía que seguía internado; nosotros lo habíamos olvidado, lo habíamos sacado de escena. La ciudad nos aburría.

Habíamos sobrevivido a ella, a lo que creímos que era su misterio.

Uno de esos días, el hermano del dibujante nos dijo que se había muerto.

El agujero negro se lo había tragado por dentro, había entrado al país de los espejos.

Esa noche nos emborrachamos en la pista y nos peleamos con otro grupo.

Yo llegué al departamento con la ropa destrozada y con la nariz rota.

Uno de mis amigos dejó inconsciente a otro tipo pegándole con el borde de la tabla en la cabeza.

Al día siguiente fuimos al funeral.

Lo velaron en una iglesia de Recoleta, en una capilla vieja y pequeña.

Estaban sus padres. Nunca los habíamos visto.

Su hermano estaba sentado adelante, con un terno negro.

Nos sentamos atrás.

Escuchamos las oraciones.

El ataúd era pequeño.

Escuchamos fragmentos sobre su agonía, sobre cómo al final los calmantes no le hacían efecto, sobre cómo vivía sedado.

El ataúd lo llevaron los familiares.

A la salida de la iglesia se puso a llover.

Nos quedamos en la puerta, algunos prendieron cigarros.

A mí me dolía la nariz.

Mi padre me terminó llevando a urgencias, donde me habían enderezado el cartílago a la fuerza; tenía los ojos rojos por la sangre.

Me dolía la cabeza: la nariz me latía, si me sonaba, botaba coágulos.

No pensaba demasiado.

Cuando el cortejo salió de la iglesia, me acordé del palacio en ruinas y la pieza del dibujante.

Sentí un escalofrío.

Luego alguien dijo mi nombre.

Era la muchacha rapada.

No recordaba su rostro.

Llevaba el pelo corto, le había crecido un poco.

Estaba vestida de negro.

Parecía mayor de lo que era: después supe que apenas tenía veinte años.

Yo la recordaba gritando con su banda, desdibujada por las mareas del vino con pastillas, más alta o más flaca.

Me había aferrado a esa ilusión como si de un sueño se tratase por años.

Tú le guardas las libretas, me dijo.

Te las paso cuando quieras, dije.

Ella dijo gracias y luego anotó mi número de teléfono.

Después se fue con el cortejo y se perdió en la lluvia.

Me quedé en la puerta de la iglesia.

No fuimos al entierro.

Mis amigos fueron a comprar cerveza o vino para tomarlos en el auto en que andábamos.

Yo les dije que pasaba, que volvía a mi casa en micro.

No tenía paraguas pero caminé un par de cuadras bajo la lluvia.

Me mojé.

Escupí sangre.

El daño sobre mi cara era más profundo de lo que pensaba: las cicatrices y los moretones me iban a dibujar una nueva cara.

Volví a casa.

Dejé de ir al parque por unos días.

Me quedé en mi pieza.

Miraba películas y tomaba paracetamol.

Apenas iba al colegio.

Cuando volví, meses después, el parque dejó de interesarme.

Mis amigos habían tenido otras peleas, habían acuchillado a uno. La tensión estaba en el aire.

La muchacha que me dejó por un amigo intentó volver conmigo.

Comencé a salir con una compañera de curso.

La nariz cicatrizó y quedó medio doblada.

Me hice otro tatuaje: una estrella roja llena de espinas en la pierna derecha.

El tatuador había mejorado su pulso, la máquina ahora tenía otro motor de autito, las tintas eran profesionales.

Mi compañera de curso me acompañó a hacerme el tatuaje.

Me dijo que yo le gustaba así, con la nariz chueca.

Mi padre llevó a vivir a la casa a su polola.

Mi madre escribía cada vez menos, desaparecía tras la cordillera.

Terminé el colegio.

Quedé en la universidad. La novia de mi padre quedó embarazada.

Mi hermana nació y mi padre me dijo que a veces se sentía demasiado

viejo, demasiado cansado para pasar por todo eso de nuevo.

Mi hermana se parecía a él, yo me parecía a mi madre.

Esas cercanías eran abismos.

Decidí irme a vivir con unos amigos.

Seguí lavando mi ropa en su casa.

Arrendamos un departamento en una torre frente al parque, a metros de la cancha: unos edificios triangulares donde una vez al mes se suicidaba alguien o se incendiaba algo.

Desde abajo se veían a veces esos departamentos: desocupados, llenos de hollín, sin ventanas ni cortinas.

Veía a mis viejos amigos a veces.

Algunos aparecían el fin de semana.

El hermano del dibujante siempre estaba, era el único punto fijo.

Cada vez lucía más viejo, se había llenado de tatuajes.

Supe que se volvió una leyenda viviente para los más chicos: algo había hecho, algo espectacular y ellos lo habían visto y se juntaban con él.

Era una especie de príncipe en la pista.

A veces yo me quedaba sentado con él cuando volvía de la universidad; o él bebía un par de cervezas y subía al departamento cuando quería ir al baño o mirar televisión.

Nunca hablamos de su hermano, aunque me agradeció haber ido al funeral.

A mi polola no le caía bien, decía que parecía un monstruo del bosque, un ermitaño, un demonio.

Ella se quedaba conmigo a veces, mis muebles eran un colchón, un televisor, un reproductor de VHS y un escritorio con computador donde hacía las tareas de la universidad.

Tenía vista al parque.

Veía al hermano del dibujante rodeado de los adolescentes que lo veneraban.

Nunca supe qué había hecho precisamente.

Las imágenes de ese departamento son casi todas felices: el parque como una miniatura, mi novia desnuda en la cama, tapada apenas con sábanas negras, la ligereza feliz de unos días iguales a otros.

Ella apareció un año después, en medio del otoño.

Llamó a la casa de mi padre y pidió hablar conmigo.

Tomaron el recado y me lo dieron cuando fui a lavar ropa, me dieron el número que había dejado.

Saqué la bolsa con las libretas de un closet en la pieza de mi hermana. Esa pieza antes había sido la mía.

Las revisé de nuevo.

Mi hermana dormía.

No se despertó.

Me acordé del dibujante, de las imágenes de la fiesta, de la muchacha desapareciendo en la lluvia en medio del funeral.

Volví a envolver las libretas y me las llevé al departamento.

Llamé al número que ella me había dejado y me contestó la voz de una anciana.

Le dejé el recado.

Un día después me ubicó por e-mail.

Nos juntamos en la Plaza Italia.

Le pregunté si quería tomarse una cerveza.

Aceptó.

Llevaba lentes negros, tenía una melena.

Estaba más gorda.

Su ropa era negra.

Dieron las seis de la tarde.

El local estaba vacío. Yo venía de la universidad.

Le pasé la bolsa.

Me lo agradeció.

Le dije que la había visto hace años, en el palacio en ruinas, con su banda.

Ella dijo que había dejado la banda, que ahora hacía otra cosa.

No le pregunté qué.

Abrió la bolsa y se puso a mirar las libretas.

Estuvo una hora en eso.

Pensé que iba a llorar.

Se le puso la cara roja.

Oscureció.

No quería verlas hasta ahora, dijo.

No podía, dijo.

Tenía miedo de encontrarme con algo.

¿Y está ahí?

No sé, dijo ella.

Yo me quedé callado.

Luego dije: ¿Ya no cantas?

Dijo: Dejaron de venir las canciones.

Y antes, ¿de dónde venían?

Ella sonrió.

¿Me puedes acompañar a un lugar ahora?, dijo.

Te vuelvo a dejar después.

Dudé un segundo pero luego asentí.

No tenía nada que hacer.

No tenía a nadie que ver, no quería llegar a la casa, mi

Ella nunca se sacó los lentes negros.

Fuimos al estacionamiento.

Ella andaba en un auto pequeño.

Cuando subimos, puso el aire acondicionado y colocó la radio en un

programa de deportes.

Vamos a Quinta Normal, dijo y luego agregó: me preguntaste por las canciones.

No sé.

No sé de dónde vienen las canciones.

Disolvimos la banda.

No había nada que cantar, nada que decir.

Yo dejé la escuela de arte, no tenían nada que enseñarme.

Filmé un video porno protagonizado por una compañera.

Tenía al grupo, las canciones que escribía el huevón que llevaba la máscara.

Mi mamá se murió.

Tomé ácido.

Viajé en el tiempo, fui a la época de los romanos y vi a los leones que devoraban a los cristianos en el circo.

Quise ser uno de los leones, quise ser uno de los miembros cortados sobre el piso, quise ser los gritos de los cuer

santos que soportaban todo en silencio.

En la universidad no les gustó el video.

Mi compañera, la protagonista, se acostaba con un profesor.

Él la amenazó.

Fui al estudio del profesor porque ella tenía la llave y me robé un cuadro y lo vendí en el Bío Bío por diez lucas.

El profesor supo.

Intenté quemar un auto afuera de la escuela.

No pude. Quemar un auto es imposible, pero sí me subí arriba y lo dejé chamuscado y le destruí los vidrios con un ladrillo.

No sé de quién era el auto.

Escribí una canción sobre una pelea de gallos en un cerro.

Hablaba de la sangre de los gallos, de cómo la gente gritaba, del dinero manchado con sangre de las apuestas.

Los gallos no alcanzaban a ser gallos.

En realidad eran pollos.

La banda implosionó.

Me acosté con el baterista.

Mi mejor amiga, la que protagonizó el video pornográfico, estaba enamorada de él y quedó embarazada y tuvo la guagua y los papás del baterista le metieron un juicio y se la quitaron.

Conseguimos a otro baterista.

Él se fue con mi amiga.

Yo a veces iba a verlos y les llevaba pan para tomar once.

Ahí, a veces, pensaba en cortarme los brazos y abrirme el pecho y tratar de saber si podía arrancarme el corazón con las manos.

Las canciones dejaron de venir.

Perdí la voz.

Dejé de cantar.

A veces, le pedía a una amiga que me apagara cigarros en la espalda.

Era la única que sabía hacerme daño, huevón.

La única a la que le dije que quería sacarme la piel del rostro para verme desnuda, contemplarme en plena carne negra.

lugar que no puedo ver.

En ese lugar quizás están las canciones.

Ya no puedo llegar.

Por eso dejé de cantar.

Las canciones son la tierra prometida y no puedo vivir con lo que se anida entre mis cejas.

Es un monstruo, creo.

Nada que hacer.
No habíamos grabado nada.
No quedó registro alguno.
Lo único que tenemos es la memoria del ruido, dijo.
Cantar no era lo mío.
¿Y qué era lo tuyo?, dije.
Ella no respondió.
Ella estacionó el auto.
Estábamos afuera de una fábrica de maniqués.
Tocó el timbre, un señor salió a abrir.
Nos guió por la fábrica; era un galpón lleno de muñecos rotos, de cuerpos a medio terminar, de partes sin torso y torsos sin partes.
Para llegar había que atravesar un comedor lleno de perros salchicha.
Todo olía a resina, a plástico.
El galpón era helado.
El dueño de la fábrica era un señor de lentes gruesos y chaleco.
Dijo que llevaba ahí muchos años, que era un negocio familiar, que él mismo pintaba a mano los rostros. Hablaron en voz baja.
Yo no escuché.
Miré a los perros alinearse como guardianes detrás de su dueño.
Ella le mostró las libretas.
El asintió.
Transaron.
Llegaron a un acuerdo.
Ella le dejó una libreta y se llevó el resto.
Luego nos fuimos.
De vuelta le pregunté por qué le había pasado una libreta al hombre.
Ella estacionó el auto en un recodo del camino, luego

Más allá se veía el río sucio y unas poblaciones.

Mira esto, dijo, y me pasó otra de las libretas del dibujante.

¿Qué ves?

Yo hojeé la libreta.

Rostros, cuerpos, dije.

Mira con atención, dijo.

Eso veo, dije.

Mira, dijo.

Yo miré de nuevo.

Ví lo que había visto al dibujante hacer siempre: rostros y manos, cuerpos en la pista, apuntes al natural del parque.

Eso veo, repetí.

Mira los bordes, dijo ella.

Miré.

No vi nada.

Fíjate en lo que está dibujado.

Ella tomó la libreta y pasó su dedo por el dibujo de una pierna.

Mira: estas líneas no son humanas.

Esa pierna no es una pierna.

Esa mano no es una mano.

Esa cabeza no es una cabeza.

Entendí.

Creo que entendí.

Mientras miraba, la voz de ella sonaba atrás, aclarando todo.

Son cuerpos.

Son fragmentos de la silueta de algo que no conocemos, dijo.

Son algo que aún no tiene nombre: cada borde es un enlace que lleva a otra parte, una tuerca que permite girar en un ángulo inaudito, una llave que abre una cabeza.

Si los unes, aparece.

Él nos veía como eso, nos veía como máquinas del futuro, como una raza que podía hacerse y deshacerse.

Una nueva carne.

Por eso sus dibujos son tan normales y tan anormales.

Qué te parece, agregó.

Nada, dije.

O todo.

Lo recuerdo a veces, doblado y enfermo, encorvado, vuelto sobre sí, dije.

Nunca entendí por qué dibujaba.

Nunca entendí por qué daba vueltas con nosotros, dije. Ella dijo: parecía que hacía un registro pero en realidad tomaba notas sobre esto.

Me contó sus sueños un par de veces.

No eran sueños.

Era profecías, visiones.

Me habló de esos cuerpos, dijo ella.

Me habló de cómo en el fondo lo que importaba eran las junturas, los bordes, los puntos de enlace, dijo.

Los cuerpos del parque eran la paleta con la que él estaba diseñando el porvenir.

Las manos que no eran manos.

Las cabezas que no eran cabezas.

Los hombres que no eran hombres.

Ella dijo: es el mapa de un cuerpo futuro.

La silueta del cuerpo que él no tenía porque él mismo estaba siendo devorado hacia dentro, dijo.

No respondí nada.

Dejé de cantar por esto, esto es lo mío.

Esto va a ser lo mío.

Luego ella puso el auto en marcha de nuevo y me dejó en la casa.

No entré.

Me quedé mirando de lejos el parque.

A metros de la pista, el hermano del dibujante era un príncipe oscuro, que dominaba con la mirada los últimos territorios de un reino que iba a desaparecer.

Death Metal

A él lo conocíamos de esa época, de cuando escuchábamos a Kreator. Era más bien pavo, huevoncito. Pendejo. En la universidad cambió. Eso pasa cuando algunos se van del pueblo. Se convierten en otras personas. Yo creo que él no era demasiado inteligente. Por eso le pasó lo que le pasó. Yo no sé mucho. Me sé la parte de acá. A veces se juntaba con nosotros. Íbamos a esa botillería que quedaba cerca del cerro y comprábamos una garrafa y nos pasábamos la noche en la línea del tren. Una vez una locomotora que venía con las luces apagadas casi nos mata. Llevaba fierros para esas fundiciones que hay cerca de San Felipe. Fue una sombra que nos curó la resaca y nos llenó de espanto. Fue una ballena negra atravesando el pueblo de noche como una pesadilla concreta. Otra vez nos llevaron presos unos pacos de civil. Sonamos. Nos pasamos la noche en el calabozo. Él era chico. Tenía a lo más quince. Siempre andaba con una polera de Iron Maiden. Hablaba de los cuentos de Lovecraft. Yo le dije que conocía a un tipo que tenía el *Necronomicon* fotocopiado. Se lo había vendido un librero de Valparaíso. Estaba en inglés. Nadie leía inglés. Lo leímos igual. Fingimos que lo leíamos, pero nadie lo entendía. Las bandas del pueblo escribían sus canciones satánicas con un diccionario de inglés-español en la mano. Nadie se preocupaba de la gramática. Aún nadie conocía el *Matando Güeros*. Las letras, eso sí, siempre eran escabrosas: fetos salidos del averno que emergían del vientre de muertos vivos, lobos gigantes que despedazaban gente en ciudades donde habían caído pedazos de la luna, que ahora estaba partida por la mitad; asesinos seriales que se dejaban violar por el Anticristo. Cosas así. Imagínatelas cantadas en un inglés chapurreado, sonando pésimo porque los parlantes y los músicos y sus instrumentos también eran pésimos. Imagínatelos leyendo ese *Necronomicon* e intentando entender cosas de ahí y luego largándose al Brutal Party mientras todos sacudían la

cabeza con esas letras y escuchaban covers de Venom. Porque creíamos en ese *Necronomicon* fotocopiado. Creíamos al punto que una vez hicimos un ritual satánico. Él estaba entre los asistentes. Conseguimos una cabeza de chanco, subimos a un cerro y la quemamos. Invocamos a una divinidad lovecraftiana y escuchamos ese disco de Destruction que remeda una de las imágenes de *Fantasia* de Disney. No pasó nada. No vino nadie. Nos quedamos en el cerro esperando. Para terminar la noche, nos bajamos una garrafa. Él estaba ahí. Yo creo que se tomaba en serio el ritual. Yo creo que a los quince años se creía satánico. Se tatuó en el brazo un mono que aparecía en la carátula de un disco de Sepultura. Fue donde ese tipo rucio que antes tenía una banda y se lo hizo en una tarde. Le cobró barato. Le salió bien feo: una mancha negra sobre la piel roja. O una mancha roja sobre la piel negra. Ahora que no queda nada de él, me acuerdo de eso, de la confusión de los colores entre el tatuaje y la piel. De que era medio satánico y que era simpático. Del tatuaje. De que le iba bien en el colegio. Cuando dio la prueba, quedó en la USACH, en Santiago. Se fue para allá. Volvía en los veranos a trabajar en el local de pernos de su papá. Una vez nos quedamos en su casa en Ñuñoa. Venía un grupo noruego y nos fuimos para allá. Él no fue. No tenía plata. Nadie hizo el esfuerzo por invitarlo. Después del recital nos pasamos a un bar a la Alameda y luego tomamos una micro. Vivía en uno de esos blocks que quedan cerca del Estadio Nacional. Abrimos unas cervezas y nos acostamos como pudimos en los sillones. Él se levantó temprano. No nos despedimos. Ese verano no volvió al pueblo. Se perdió en unos trabajos voluntarios. No supimos qué pasó. En ese espacio vacío que fue el tiempo en que no lo vimos, todo lo que conocíamos de él se esfumó. Supimos que se dejó un mohicano. Supimos que se mudó a una casa okupa. Unos amigos se quedaron en esa casa luego de otro recital de otra banda noruega. Él ya era vegetariano. Durmieron en el suelo. Esa madrugada se tomaron una caja de vino y comieron unos tallarines con carne de soya. Él les dijo que ahora esa era su vida. Que había dejado la

universidad. Que estaba bien. Que su cuerpo era un templo. No les dijo nada más. Les dijo que estaba bien, que no se preocuparan. Que sabía lo que hacía. No volvió más al pueblo. La otra noche, mientras cargaba en

la noticia por la tele. Mostraron su foto. Se parecía y no se parecía a la persona que había conocido. Estaba más flaco. Se estaba quedando pelado. Estaba comenzando a parecerse a su padre. Iba en bicicleta a poner una bomba. ¿A quién se le ocurre ir a poner una bomba en bicicleta? ¿A quién se le ocurre leer el *Necronomicon* fotocopiado? ¿A quién se le ocurre quemar una cabeza de chanco en la punta del cerro? ¿A quién se le ocurre irse del pueblo a la universidad y dejar la universidad? ¿A quién se le ocurre comer tallarines con carne de soya? ¿A quién se le ocurre querer destruir al Estado? ¿A quién se le ocurre vivir en una casa okupa? ¿A quién se le ocurre quedarse en cuclillas en la oscuridad

ocurre armar una bomba en la calle? ¿A quién se le ocurre

la sombras? No lo sé. No se me ocurre nada. Unos amigos tomaron un bus y fueron a Santiago al funeral. Yo me quedé acá. Yo me quedé en el pueblo. Yo nunca aprendí inglés. Yo me quedé acá leyendo el *Necronomicon* fotocopiado.

Título original: *Los muertos*

Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2019, Alvaro Bisama

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789563254211

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl